ADMINISTRACIÓN
LIRICO-DRAMATICA

PEDRO EL BASTARDO

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

DON JUAN ANTONIO CAVESTANY

Y

DON JOSÉ VELARDE

MADRID
CEDACEROS, 4, SEGUNDO
1888

ADICIÓN AL CATÁLOGO GENERAL DE 1.° DE ABRIL DE 1888

COMEDIAS Y DRAMAS

Hombres	Mujeres	TÍTULOS	ACTOS	AUTORES	Parte q correspon la Adminis traciò
»	1	¡Abandonada! (monólogo)	1	D. José Postigo.....	Todo
»	»	A deshora de la nit.....	1	Ramón Lladró.....	»
3	2	¡Ay. amor cómo me has puesto.....	1	Narciso Díaz Escobar....	»
»	»	Baltasara la pollera.....	1	F. Flores García	»
»	»	Belen, 12, principal.....	1	J. y S. Alvarez Quintero.	»
	2	Cambiar de cuarto.-j o. p.	1	Manuel Hidalgo.....	»
	2	Contra pereza.....	1	Diaz y Escobar y Urbano.	»
	»	Cuidadito con los hombres ó el merendero de Pepa.....	1	Javier de Burgos.....	»
6	2	Detrás del telón.—j. o. p.	1	Narciso Díaz Escobar...	»
1	»	Diario original (monólogo).....	1	Narciso Díaz Escobar...	»
3	1	Día de bodas.....	1	Francisco J. Godo.....	»
6	2	El asesinato de Rizzi.—d. o. p.....	1	R. Fernández Miranda..	»
5	1	El amor vence al orgullo.	1	Ignacio Morales.....	»
»	»	El doctor Ventura..	1	Luis Valdés.....	»
»	1	El laurel de la reina (monólogo).....	1	A. Jerez Perchet.....	»
»	»	El puñal de la envidia....	1	José V. Royo de León...	»
»	»	El seminarista.....	1	Un prebístero.....	»
»	»	Entre solteros.....	1	Javier Gaztambide.....	»
»	»	Esgrima y amor.	1	J. y S. Alvarez Quintero.	»
»	»	Fábrica de embustes.....	1	Julio de las Cuevas.....	»
»	»	Farsa de amor.....	1	Javier Gaztambide.....	»
2	1	Florín, 30, principal derecha.....	1	R. Fernández Miranda..	»
6	4	Junto al cuarto de testigos.....	1	Narciso Díaz Escobar...	»
6	2	La barbería de Paco ó el Congresillo.—j. o. p....	1	José Postigo y Acejo.. .	»
»	1	La faenera (monólogo)...	1	Ramón A. Urbano.	»
»	1	La primer centinela (monólogo).	1	Ramón A. Urbano.....	»
»	»	La berlina azul..... .	1	Santiago Gascón.....	»
»	»	León, 13.....	1	Nicolás M. Rivero.....	»
»	»	Les festes de un poble...	1	Eduardo Perlá..... ..	»
»	»	Palo de ciego.....	1	Barón de Córtes.....	»
»	»	Puff....	1	Ramón de Marsal.....	»
2	1	Todo lo puede el amor.—j. o. p.....	1	Manuel Hidalgo.....	»
3	2	Un sabater filosofich.....	1	Eduardo Perlá.....	»
»	»	Valientes maridos.....	1	Manuel Altolaguirre....	»
»	»	Vengar con sangre una ofensa.....	1	Mariano Alvarez.....	»
»	»	El zaragozano.....	2	Santiago Gascón.....	»
»	»	El Señor Gobernador....	2	R. Carrión y Vital Aza.	»
7	2	La Ducha.....	2	M. Pina Dominguez.....	
»	»	Capa rota ó amores de un bandolero.....	3	Luis Maraver.....	
»	»	El castillo de Monleón...	3	Candido R. Pinillos.....	
»	»	El vencimiento.....	3	Luis Abarzuza.....	
»	»	Gloria.....	3	Leopoldo Cano.....	
3	»	Odette.....	3	M. Pina Dominguez.....	
8	2	Sufrir por ajena causa....	3	José María Vivanco.....	
»	7	Los Burgueses de Pontarcy.....	5	Luis Valdés.....	

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T BORRAS

N.º de la procedencia

PEDRO EL BASTARDO

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

PEDRO EL BASTARDO

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

DON JUAN ANTONIO CAVESTANY

Y

DON JOSÉ VELARDE

Estrenado en el TEATRO ESPAÑOL el 4 de Diciembre de 1888

MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1888

A los Excmos. Señores

Conde de Toreno y Don Francisco Silvela

dedican esta obra

Los Autores

720804

PERSONAJES

AURORA.
IRENE.
RODRIGO.
EL CONDE.
BERNARDO.
BELTRÁN.
MENDO.
NUÑO.
DON ALVAR.
GARCÉS.

Escuderos, hombres de armas, servidores del castillo

Época de la acción, siglo XII

ACTO PRIMERO

Glorieta en medio de una selva. A la izquierda una cabaña. Paisaje agreste. Peñas y árboles.

ESCENA PRIMERA

NUÑO, GARCÉS.

(Garcés aparece en escena. Nuño sale al levantarse el telón.)

GARCÉS Hola, Nuño. ¿Ya de vuelta?
NUÑO Amigo Garcés, adiós,
que á la aldea llegar quiero
ántes que se ponga el sol.
GARCÉS ¿A qué tal prisa? Es temprano.
¿Vienes del castillo?
NUÑO No.
¿Qué nuevas por aquí corren?
GARCÉS Aquí no hay más que temor,
al saber que vino el Conde
con sus huestes de Aragón.
NUÑO ¿Nos temen estos villanos?
GARCÉS Al Conde; á vosotros no.
NUÑO Aquí le tendrán en breve.
GARCÉS ¡Si dicen que vino!
NUÑO Error.
GARCÉS ¿Adónde le habéis dejado?
NUÑO Prisionero se quedó.
GARCÉS ¡Bah! Me engañas.
NUÑO Prisionero

en dulces lazos de amor,
por Irene, la heredera
del señorío de Alós.

GARCÉS ¡Hembra noble y poderosa!

NUÑO Por eso la pretendió.

GARCÉS ¿Y ella al cabo ha consentido?...

NUÑO Al Conde, nuestro señor,
á nada de lo que pide
hay quien le diga que no,
pues llevando con el ansia
aparejada la acción,
no bien algo ha pretendido
cuando ya lo consiguió.

GARCÉS O se lo toma por fuerza
para saciar su ambición;
testigos, Nuño, sus pueblos,
á quienes temo que hoy,
les arrebate lo poco
que al partirse les dejó.

NUÑO No pienses que tales quejas
me ablandan el corazón;
es cualidad del villano
denostar á su señor.

GARCÉS Cuando es codicioso... aleve...

NUÑO Y lo mismo cuando no.

GARCÉS ¡Oh, pecheros infelices!

NUÑO Mira, Garcés, el mejor,
si como nació sin uñas
nacido hubiera león,
con sus zarpas y sus dientes
llenara al mundo de horror.

GARCÉS Ninguno igualara al Conde.

NUÑO De cobarde condición
el villano, sus acciones
no esmalta con el valor;
las rebaja y las enloda
con la astucia y la abyección.

GARCÉS No bien los conoces, Nuño.

NUÑO Por siempre líbreme Dios
de villano engrandecido
y de pacato señor.

GARCÉS Si vieras los sufrimientos...

NUÑO ¿Acaso no sufro yo?

GARCÉS Pero tú vives...

NUÑO Luchando
con la morisma feróz,
miéntras ellos en la plaza
murmuran tomando el sol.
GARCÉS ¿Ha sido dura la guerra
según parece?
NUÑO ¡Pues no!
De trescientos que allá fuímos
hemos vuelto ochenta y dos.
GARCÉS ¿Y ganásteis?...
NUÑO Casi un reino.
GARCÉS Pues el que allí no quedó
buen botín habrá alcanzado.
NUÑO En éstos lances de honor,
con sacar libre el pellejo
me contenté siempre yo.
GARCÉS ¿Pero el botín?...
NUÑO Si lo hubo
fué todo para el león.
GARCÉS ¡Ya te dueles!
NUÑO No me duelo.
GARCÉS Te dolerás, vive Dios,
bien pronto, de haber servido
á ese bastardo feróz.
NUÑO ¡Es tan brioso... tan fuerte!...
Si le vieras como yo
arremeter á los moros,
le tomarás afición.
GARCÉS Tan sólo tú le defiendes.
NUÑO Me entusiasma su valor.
GARCÉS Eres un mozo inexperto;
ya le odiarás
NUÑO Eso no.
GARCÉS ¡Quiera Dios que nunca tengas
que deplorar tu adhesión!
NUÑO ¡Que el Conde no te halle al paso,
buen Garcés, pídele á Dios!

ESCENA II

DICHOS, MENDO

MENDO ¡Garcés el pastor y Nuño!...
GARCÉS Bien venido.
NUÑO ¡Bravo Mendo!
¿Tú por aquí?
MENDO De mal grado.
NUÑO Yo, en cambio, lo estoy de bueno.
MENDO Cuando pensé en el castillo
regalo dar á este cuerpo,
que aporrearon los moros
y los caminos rindieron,
molido y roto le traigo
por las peñas de estos cerros.
GARCÉS ¿A qué bueno?
MENDO ¿Lo sé acaso?
Pregúntalo al majadero
que me ordenó que estuviese
esta noche en este puesto.
¿Y tú á qué vienes? (A Nuño.)
NUÑO A holgarme
con mi familia en el pueblo.
MENDO ¡Buenas albricias te aguardan!
De quien me manda reniego
pasar al raso la noche
en tan agrios vericuetos.
GARCÉS Este sí que es de los míos.
MENDO ¿De los tuyos? No comprendo.
GARCÉS Que eres más franco que Nuño.
NUÑO ¡Qué ha de ser!
GARCÉS Y de más seso.
MENDO Hablad claro, ¡vive Cristo!
pues maldito si os entiendo.
GARCÉS Se trata...
MENDO ¿De qué?
NUÑO Pues dice
Garcés, como todo el pueblo,
que es nuestro Conde un tirano.
MENDO ¿Dice tal?
NUÑO Y yo lo niego.

GARCÉS ¿Quién tiene razón?
MENDO Más vale
que tal discusión dejemos.
GARCÉS El temor tus labios sella.
MENDO No sé si le odio ó le temo.
GARCÉS ¿Y de valiente haces gala?
MENDO Sólo con él no me atrevo.
GARCÉS ¿Te hechizó acaso?
MENDO ¿Quién sabe
á lo que debe el imperio
que sobre todos ejerce?
Yo sólo sé que el más terco
y arrebatado del mundo
es á su vista un cordero.
NUÑO No hay hombre más atrevido
ni hazañoso en todo el reino.
GARCÉS Dios le hizo bravo, por darle
algo de fiera, hasta en eso.
NUÑO Espanto causa á las gentes
menguadas de nuestros tiempos
ver en un cuerpo de bronce
una voluntad de hierro.
GARCÉS Una cosa es ser valiente
y otra traidor y perverso.
NUÑO ¿Te atreves?
MENDO (Aparte.) (Razón le sobra.)
GARCÉS Y lo que digo lo pruebo.
NUÑO El pastor es atrevido.
MENDO Es un tirano en efecto.
GARCÉS ¡Si como yo conociérais
de su grandeza el secreto!...
MENDO ¿Cuál es?
NUÑO Díla.
GARCÉS Os diré sólo
que para lograr el feudo
que rige hace cuatro lustros,
cometió un crimen horrendo.
NUÑO ¡Si se lo otorgó el Rey mismo!
GARCÉS ¡Lo usurpó!
NUÑO Voces del pueblo.
GARCÉS El pueblo no sabe nada.
NUÑO ¿Y tú sí?
GARCÉS Lo sé de cierto.
NUÑO Pues me presumo que caro

te ha de costar el saberlo.

MENDO Basta de murmuraciones.

GARCÉS ¡Un odio á muerte le tengo!

MENDO ¿Qué te hizo el Conde?

GARCÉS Bien poco.
Por orden de ese perverso
ví á mi padre en la picota.
¡Aun de espanto me estremezco!

NUÑO ¿Fuele traidor?

GARCÉS Fué tan sólo
sabedor de aquel suceso.

MENDO Loco estás cuando murmuras,
después de tamaño ejemplo.

NUÑO Señores, voime á la aldea.
Adiós, Garcés; adiós, Mendo.

MENDO Espera, me voy contigo
á estar de aguardo en mi puesto.
(Vánse Nuño y Mendo.)

GARCÉS (Viéndolos irse.) Vengarme del Conde... ¿Cómo,
si á los suyos tiene ciegos?

ESCENA III

GARCÉS, AURORA

AURORA ¿Con quién hablabas?

GARCÉS Con gentes
que de guerrear han vuelto
con el señor.

AURORA (Aparte.) (Quizá sepan
algo esos hombres de Pedro.)
(Alto.) ¿Quiénes son? ¿Cómo se llaman?

GARCÉS Nuño el uno: el otro Mendo.

AURORA ¿Y vienen?

GARCÉS Pues de la guerra.
¡Ha habido allí una de muertos!

AURORA ¡Dios mío!

GARCÉS ¿Qué tienes?

AURORA Nada.
He andado por mucho tiempo
en espera de mi hermano
y fatigada me siento.

GARCÉS ¿Al cabo vuelve Rodrigo?

AURORA Esta tarde. Mensajero
de su venida fué un monje
que con él de Oriente ha vuelto.
GARCÉS Pues voy á ver el ganado
é iré á salirle al encuentro.
AURORA Gracias, Garcés.
GARCÉS A avisarte,
si llega, vendré al momento. (Vase Garcés.)

ESCENA IV

AURORA

AURORA ¡El corazón se me oprime;
la cabeza se me va!...
¡Y mi Pedro que no llega
á librarme de este afán!...
En cambio vuelve mi hermano
para robarme la paz...
Su mirada en mi conciencia
cual rayo penetrará;
el secreto de mis culpas
él y mi padre sabrán,
y moriré de vergüenza
si no muero á su puñal.

ESCENA V

AURORA, EL CONDE. El Conde lleva traje de soldado

CONDE ¡Aurora!
AURORA ¡Pedro!
CONDE ¡Bien mío!
AURORA ¡Pensaba no verte más!
CONDE ¿Cómo así?
AURORA ¡Tardabas tanto!
CONDE Pues aquí me tienes ya.
AURORA ¡Maldita, maldita guerra;
maldito Conde, además!...
CONDE Abrázame, Aurora, y cesa
de maldecir é increpar,
que todo lo que no es beso

me suena en tus labios mal.

AURORA Pues júrame que en la vida
á la guerra volverás
con ese Conde maldito
que tantas penas me da.

CONDE ¿Y que haré? ¿Con una rueca
ponerme contigo á hilar?
Soy soldado.

AURORA Hazte labriego
y viviremos en paz.

CONDE ¡Inocente!

AURORA Tú no sabes
cuán terrible es el afán
que el corazón me desgarra
cuando á la guerra te vas.
Hambre, frío, hierro, peste,
amenazándote están...
¡No quiero, Pedro, no quiero
que á la guerra vuelvas más!

CONDE Te daré gusto, bien mío,
más ven conmigo á gozar
en un retiro ignorado
de eterna felicidad.

AURORA ¡Pedro!... ¡por Dios!... ¿y mi padre?

CONDE Empeñado como está
en casarte con Rodrigo,
¿qué puedes de él esperar?
Y luego, ni le ví nunca,
ni me conoció jamás.

AURORA Echémonos á sus plantas.

CONDE ¿Para qué? No has de lograr...

AURORA ¡Me propones un delito!
Hartas culpas tengo ya
que reprocharme.

CONDE ¿Y si viene
Rodrigo y vuestra hermandad
convertir pretenden ambos
en lazo matrimonial?

AURORA ¡Ay, Pedro, sí tu supieras!...

CONDE ¿Qué ocurre?

AURORA Que ha venir va;
que acaso ha llegado...

CONDE Aurora,
¿y aun te atreves á dudar?

AURORA ¿Y mi padre?
CONDE ¿Y nuestra dicha?
AURORA ¡Afligir su ancianidad!
CONDE ¿Y amas tú? De amor no sabes,
ni has sabido, ni sabrás.
AURORA Pedro, ¡me partes el alma!
CONDE ¿Ni cómo puedes pensar
que he de permitir que otro hombre
te mire amante á la faz?
Antes muriérais á un tiempo
uno y otro á mi puñal;
él, por haberte mirado,
tú, por dejarte mirar.
AURORA ¿Qué hacer, qué hacer, Virgen santa?
Sé prudente por piedad...
Rodrigo es arrebatado.
CONDE ¿Te atreves á comparar
á ese villano conmigo?
Ante mi vista no más,
como perro apaleado
á mis plantas se echará.
AURORA ¿Pero quién eres que así
le pudieras facisnar?
¿Quién eres que así me arrastras?
CONDE Quien tan alta te pondrá
qué alas de azor necesite
para poderte alcanzar.
AURORA Entonces me has engañado,
me has perdido...
CONDE ¿Por qué tal?
AURORA ¡Y soñaba en ser tu esposa!...
CONDE Si me sigues, lo serás.
AURORA Tú no eres simple soldado:
lo he debido adivinar.
CONDE Si te quiero, ¿qué has perdido?
AURORA ¿Me quieres, dí? ¿No es verdad?
CONDE ¿Lo dudas, Aurora mía?
AURORA Si me dejaras de amar
me moriría: soy tuya,
y como el hierro al imán,
á donde quiera que vayas
contigo me arrastrarás.
CONDE Pues bien, esta noche...
BERN. (Desde dentro.) ¡Aurora!

AURORA ¡Mi padre! (Con terror.)
CONDE (¡Voto á Satán!)
AURORA ¡Huye!
CONDE Al toque de oraciones
volveré; dispuesta está
para partir.
AURORA ¡Eso nunca!
CONDE ¡No me hagas desesperar!
A la oración: no lo olvides.
AURORA No; no me esperes.
CONDE (Aparte al irse.) (Vendrá.)

ESCENA VI

AURORA, BERNARDO

AURORA ¿Me buscabas, padre mío?
BERN. ¿Qué tienes, hija del alma?
AURORA ¿Qué he de tener? Nada tengo.
BERN. Tú has llorado... ¿Qué te pasa?
AURORA Como no viene mi hermano... (Turbada.)
BERN. ¿Y tanto porque se tarda
te acongojas? ¡Qué locura!
Aun la noche no es llegada.
Acaso más impaciente
que tú, su padre le aguarda
y, ya ves, no desespera
ni llora, ni se amilana.
Tus llantos y tus angustias
en estos días me extrañan...
¿Lo que alegrarte debiera
te aflige y te sobresalta?
Bien sé que el placer profundo
nunca rompe en carcajadas,
sino que en hondos suspiros
y en lágrimas se desata,
más no produce en el pecho
las congojas y las ansias
con que la pena traidora
el corazón nos desgarra.
Es dulce como el rocío
de purísima alborada;

no triste como el azote
de la nocturna borrasca.

AURORA No te aflijas, padre mío;
ya lo ves, no tengo nada;
sino que soy tan cobarde...
(¡Se me está partiendo el alma!)

BERN. Vamos, temores desecha.

AURORA (¡Ah! Si yo le confesara...)
¡Padre!... (Deteniéndose al ir á hablarle.)
(¡No puedo!)

BERN. ¿Decías?...

AURORA Rodrigo...

BERN. Tanto te exaltas
al nombrarle, que en los labios
se te mueren las palabras.
Aurora, los ojos quita
de las tristezas pasadas
y al porvenir lisonjero
que nos espera los alza.
¿No vuelve Rodrigo al cabo
vencedor en cien batallas?
¿Recuerdas lo que nos dijo
aquel monje de su audacia?
Bien sabes, Aurora mía,
que predije sus hazañas
desde que niño, muy niño,
amparo le dí en mi casa.
Siempre fué valiente, noble...
¿Recuerdas cuando luchaba
allá en Galicia con todos
sus compañeros de infancia?
¡Con qué rejo los vencía!
Y de mozo, ¡qué gallarda
presencia! Vamos; no hay otro
que igualarle pueda en nada
¿qué digo en este condado?
en ningún reino de España.
¿No es verdad?

AURORA Sí, padre mío.

BERN. Ya me apura su tardanza...
pero no llores, no llores...
Vendrá, me lo dice el alma...
sino que tiene este cerro
una subida tan agria...

Además, en la abadía
debe haber hecho parada,
y como saben los monjes
que mejor que un ángel canta,
«una trova» le habrán dicho...
y ahí tienes porque se tarda.

AURORA ¡Si le cogiera la noche
en medio de la montaña!...
(¡Ay, si con Pedro se encuentra!)

BERN. La conoce mata á mata:
no temas que se extravíe...
¡Oh, qué días nos aguardan
de ventura!... Ya tú sabes
cuáles son mis esperanzas.
¡Y las he de ver cumplidas!
Ese llanto te delata.

AURORA (¡Dios mío!)

BERN. Diez años llevo
de soñar en la unión santa
del hijo por mí adoptado
con la hija de mis entrañas.

AURORA (Preciso es decirle...) (Alto.) Padre...

BERN. No tienes que decir nada.
Evítate esa vergüenza.
Lo sé todo.

AURORA (Con espanto.) ¿Qué?

BERN. Que le amas.

AURORA Pero si yo te decía...
Oye...

GARCÉS ¡Aurora! (Desde dentro.)

BERN. ¿Quién te llama?

ESCENA VII

DICHOS, GARCÉS

GARCÉS ¡Aurora!

AURORA ¿Qué pasa, dí?

BERN. ¡Habla, por Cristo, Garcés!

GARCÉS Un ginete...

BERN. ¡Mi hijo es!

GARCÉS ¡Corriendo viene hácia aquí!

AURORA (Aparte.) (¿Qué es lo que vá á suceder?)

BERN. Ya acabaron mis enojos.
AURORA Vámos.
BERN. ¡Felices los ojos
que van á volverlo á ver!
(Vánse corriendo los tres.)

ESCENA VIII

EL CONDE, BELTRÁN, entrando en escena apenas han desaparecido Aurora, Bernardo y Garcés.

CONDE ¿Ha venido Mendo?
BELTRÁN Sí:
CONDE ¿Dónde está que no le hallo?
BELTRÁN Se quedó con tu caballo
á unos cien pasos de aquí.
CONDE ¡Vive Dios!...
BELTRÁN Cálmate.
CONDE Creo
que la vida he de perder
si hoy mismo satisfacer
no consigo mi deseo.
BELTRÁN Si cedes á la pasión...
CONDE ¡Qué vana palabrería!
Hoy Aurora será mía...
BELTRÁN ¿Cuáles tus proyectos són?
CONDE Si de grado no se viene
conmigo, robarla intento.
BELTRÁN Señor ¿en este momento?...
¿Qué se dirá?... ¿Doña Irene?...
CONDE ¿Qué me importa á mí, Beltrán,
lo que el mundo entero diga,
con tal de que yo consiga
ver satisfecho mi afán?
BELTRÁN ¿Doña Irene no es la estrella
de tu fortuna?
CONDE En Aurora
busca mi alma lo que adora;
lo que ambiciona en aquella.
BELTRÁN No hay razón que te dispense;
piensa bien...
CONDE ¡Necio reclamo!

¿Cuando te digo que amo
vás á decirme que piense?

BELTRÁN ¡Oh, terquedad inaudita!...

CONDE Todo mi anhelo lo inmola:
es mi voluntad la ola
que en los tropiezos se irrita.

BELTRÁN La más grande se domeña
y acaba en cinta de plata.

CONDE Pero se hace catarata
al chocar contra la peña.

BELTRÁN Al cabo viene á parar
en espuma...

CONDE Aquella sí,
pero esta que ruje aquí
es mayor que las del mar.

BELTRÁN Una desdicha preveo
si sigues por tal camino.

CONDE Hoy, como siempre, el destino,
vendrá atado á mi deseo.
No hubo ni habrá quien lo tuerza:
lo dicho, si no consigo
hacerla venir conmigo,
me la llevaré por fuerza.

BELTRÁN ¿Y habremos lucha?

CONDE Quizás.

BELTRÁN ¿Con muchos?

CONDE ¡Cobarde!

BELTRÁN ¿Yó?

CONDE Sí, que el bravo no contó
á sus contrarios jamás.

BELTRÁN No soy digno de tal mengua.
¿Yo cobarde?

CONDE ¡Gritos vanos!
El que confía en sus manos
no mueve tanto la lengua.

BELTRÁN Te quisiera aconsejar...

CONDE No te oiré

BELTRÁN Tengo derecho.

CONDE Si acrecientas mi despecho
la lengua te he de arrancar.

BELTRÁN (Con voz firme, mirándole fijamente.)
Cuando un acto de tirano
en tí veo, á la memoria
se me viene aquella historia...

CONDE (Con viveza y gran energía.)
¿Quieres callarte, villano?
BELTRÁN Señor... (Dominado á su pesar por el Conde.)
CONDE ¡Silencio! ¡Ay de tí
si vuelves á recordar
lo que debiste olvidar!
(Viendo á Mendo que aparece.)
¡Hola, Mendo; ven aquí!

ESCENA IX

DICHOS, MENDO

CONDE ¿Tienes ánimos?
MENDO Señor...
CONDE Pues conmigo y con Beltrán
vas á empeñarte en un plán
que exige audacia y valor.
MENDO ¿Qué mandas?
CONDE De aquí á una hora...
—¿entendéis?—en mi poder
quiero que esté la mujer
que en esa cabaña mora.
MENDO ¡Estará!
CONDE Si resignada
se viniera de mí en pos,
os limitaréis los dos
á cubrir mi retirada:
mas si posible no es
esta ventura lograr,
á la fuerza, de su hogar
la arrancaremos los tres.
Para asegurar la empresa
no reparéis en el modo...
¡matad si es preciso!... ¡todo...
menos quedar sin la presa!
MENDO Señor...
CONDE Premiaré al leal.
MENDO A tus órdenes me humillo.
CONDE ¡Horcas hay en mi castillo
para quien las cumple mal! (Vase el Conde.)

ESCENA X

BELTRÁN, MENDO

MENDO ¡Siempre la muerte en sus labios!
BELTRÁN ¡Oh, qué aventura tan loca!
MENDO ¡Y la amenaza en su boca!
BELTRÁN (Me enloquecen sus agravios.) (Aparte.)
MENDO ¿Qué haremos?
BELTRÁN Lo que ordenó;
á eso vinimos aquí.
MENDO ¿Sabes quién es ella?
BELTRÁN Sí.
MENDO ¿Conoces la casa?
BELTRÁN No.
MENDO Entonces á ciegas vamos...
BELTRÁN Gente viene.
MENDO ¡Una mujer! (Mirando al interior.)
¡Esa, Beltrán, debe ser!
BELTRÁN ¡Que no nos vean! ¡Huyamos!
(Vanse Beltrán y Mendo.)

ESCENA XI

AURORA, RODRIGO, BERNARDO

AURORA ¡Hermano!
BERN. ¡Bendito Dios,
que me da tanta alegría!
ROD ¡Padre, padre! ¡Aurora mía!
¡Dadme otro abrazo los dos!
¡Cuántos duelos al marchar!
¡Cuánto horror al combatir!
¡Al volver cuánto sufrir!
¡Cuántas ansias por llegar!
¡El corcel que me traía,
sin ayuda de acicate,
del huracán al embate
en su carrera vencía!
¡Volaba el potro, volaba
cual si mi afán conociera

y adelantarme quisiera
la dicha que me aguardaba!

BERN. ¡Hijo mío!

ROD. Mas yo creo
que por verme donde me hallo
le prestaba á mi caballo
las alas de mi deseo.
Mientras corría sin tino,
esta tierra tan querida,
á darme la bienvenida
me iba saliendo al camino.
A poco—¡bendita sea!—
rompiendo en dulce clamor,
saludóme con amor
la campana de la aldea.
Corrí más, llegué y os ví...
y menos ardiente fué
la ventura que soñe
que la dicha que sentí.
¡Riqueza, poder, loor...
todo es humo, todo escoria,
no hay bien, fortuna ni gloria
que valgan lo que el amor!
¡Anhelos dejando atrás,
en el vuestro mi bien fundo!...
¡No hay nada, nada en el mundo
que para mí valga más!

AURORA (Se me hace el pecho pedazos (Aparte.)
al oirle...) (Alto.) ¡Hermano mío!

BERN. ¡Ya eres feliz!

ROD. ¡Solo ansio
verme siempre en vuestros brazos!
¡Aurora, Aurora querida!...

AURORA ¡Hermano!

ROD. ¡Qué hermosa estás!
¿No es cierto, padre?... ¡Tú harás
la ventura de mi vida!

AURORA ¡Hermano!

ROD. Díme Rodrigo.
En tus labios—no te asombre,—
mejor me suena este nombre
desde que sueño contigo.

AURORA (Aparte con ansiedad.)
(¿Qué querrá decir?... (Alto.) Tu gusto

será una ley para mí.
ROD. Toda el alma puse en tí:
no harás más que lo que es justo.
BERN. ¡Tres años, hijo, sin verte!
¡Cuánto por tí hemos sufrido!
ROD. ¡Cuántas veces he creído
que me iba á acabar la muerte
antes de llegar la hora
de verme por tí abrazado,
y de nuevo retratado
en los ojos de mi Aurora!
AURORA ¡Al cabo!...
BERN. ¿Qué fué de tí?
ROD. Imposible me es pintar
la grandeza singular
de los portentos que ví.
Aunque con duelo profundo
de aquí partía, notaba
que á cada paso que daba
se me iba agrandando el mundo.
Nuevos pueblos y ciudades,
nuevas lenguas y costumbres,
nevadas é inmensas cumbres,
misteriosas soledades...
El entusiasmo sin par
de los cruzados guerreros,
los tumbos y golpes fieros
del alborotado mar;
el fuego en que se encendía
todo mi ser al oir
al santo que á combatir
por nuestro Dios me inducía;
de cielo y tierra el embate
contra la cristiana hueste;
los estragos de la peste,
los horrores del combate,
la señalada victoria
que libertó el santo templo,
triunfo que no tiene ejemplo
en los fastos de la historia;
todo se viene á agolpar
de tal modo á mi razón,
que me quita la expresión
con que poderlo pintar.

BERN. ¿Y pensabas en nosotros?
ROD. ¡Antes, entónces, después!
¿Lo dudas, cuando me ves
para siempre entre vosotros?
¡Aurora!
AURORA ¡Hermano!
BERN. ¡Hijo mío!
¿Estarás cansado? Aurora,
corre á preparar...
ROD. ¿Ahora?...
BERN. Tendrás hambre, sueño, frío...
AURORA Voy al punto.
ROD. Vuelve luego.
AURORA (¡Cómo me mira, Dios santo; (Aparte.)
su cariño me dá espanto!)
ROD. Vuelve pronto: te lo ruego. (Vase Aurora.)

ESCENA XII

RODRIGO, BERNARDO

BERN. ¡Cuántas venturas, Rodrigo,
hoy el cielo nos promete!
ROD. Las estoy mirando, y sueños
lisonjeros me parecen
que, cual brumas de la aurora,
van pronto á desvanecerse.
BERN. No así el gozo te acibares.
ROD. ¡Fuí tan desgraciado siempre!
Quizá nacido en la altura,
(lo presumiste mil veces)
á no haber, padre, en tí hallado
alma de tan fino temple,
la mísera del mendigo
hubiera sido mi suerte.
BERN. Hijo, te engañas; el hombre
que honrado nace y valiente,
y en la bendita esperanza
el ánimo fortalece,
de cada sima en que cae
más puro sale y más fuerte,
y como el águila al cabo
en las alturas se cierne.

ROD. Para despeñarse luego.
BERN. Para levantarse siempre.
No hay fuerza alguna que impida
al sér alado que vuele;
y el ánimo tiene alas,
y es fuego que á subir tiende.
Coge una antorcha, doquiera
que la inclines ó la lleves,
al cielo su llama pura
se alzará constantemente.
ROD. ¡Padre!...
BERN. No así, mi Rodrigo,
de la fortuna te quejes.
Viendo en tí cuando llegaste
á mis manos casualmente,
un don que á la Providencia
le placía concederme,
procuré que honrado fueras
y generoso y valiente;
que dominaras las armas
y los potros más rebeldes;
te enseñé del buen cristiano
y del noble los deberes,
y á haber sido el mundo mío
te hiciera rey de los reyes.
ROD. Padre, padre, no merezco
el cariño que me tienes:
deja que echado á tus plantas
la tierra que pisas, bese.
BERN. De aventurero carácter,
de imaginación ardiente,
quisiste con los cruzados
ir á recoger laureles
en las quemadas arenas
de los desiertos de Oriente.
Llevando la cruz al pecho
luchaste con los infieles,
y esa banda has conquistado
que ante el mundo te ennoblece;
¿qué más ambicionas?
ROD. Nada,
padre mío, de oropeles,
sino tu amor y el de Aurora.
BERN. ¿Por ventura no los tienes?

ROD. El tuyo, sí.
BERN. Y el de élla,
que con el alma te quiere.
ROD. ¿Será verdad? ¡Yo la amo, (Con arrebato.)
padre mío, locamente!
BERN. ¿La amas tanto? (Con alegría.)
ROD. Sí; la adoro,
la idolatro de tal suerte,
que de su amor mi ventura
ó mi perdición depende.
Comencé á amarla de niño,
mas sufriendo ansias crueles,
callé porque no podía
un nombre limpio ofrecerle.
BERN. ¡Hijo mío!
ROD. A conquistarlo
á tierra partí de infieles,
donde enrojeció mi sangre
los arenales ardientes.
Ella me prestaba alientos
en victorias y reveses,
y por su amor arrastrado,
—mira tú si será fuerte,—
porvenir, fortuna, gloria
allí dejé indiferente;
y por un laud trocando
los militares arneses,
de castillo en abadía,
pidiendo cena y albergue,
héme venido trovando
hasta tocar en los fieles
lugares, en donde el alma
le dí al partir para siempre.
BERN. Tus ansias reprime un tanto.
ROD. Si reprimirlas pudiese,
callado te las hubiera,
temeroso de ofenderte.
BERN. ¡Si lo que ánhelas, Rodrigo,
es lo que tu padre quiere!
ROD. ¿No me engañas? ¿Tú?...
BERN. Refrena
ese arrebato impaciente
que te empuja...
ROD. ¿Refrenarlo?

Díle al fuego que no queme,
á los astros que no alumbren
y á los mares que se aquieten.
¡Mi amor, raudal comprimido,
ha roto como torrente:
déjalo que libre salte,
aunque en las peñas se estrelle.

BERN. (Mirando hacia la cabaña.)
¡Basta, Rodrigo! ¡Silencio,
que Aurora á nosotros viene!

ROD. ¿Qué debo hacer?

BERN. Declararle
tu amor, y si ella consiente,
como espero...

ROD. Dudo y tiemblo.

BERN. Te juzgaba de más temple.

ROD. ¡Va en ello más que la vida!

BERN. Oye, Aurora. (A Aurora que aparece.)

AURORA ¿Qué me quieres?

BERN. Rodrigo hablarte desea;
piensa bien lo que resuelves,
que la suya y mi ventura
de tu respuesta dependen.
A solas os dejo.

AURORA Padre... (Con inquietud.)

BERN. ¡Hija, que Dios te aconseje. (Vase Bernardo.)

ESCENA XIII

AURORA, RODRIGO

AURORA (Aparte.) (La hora llegó tan temida.)

ROD. ¡Cuán gallarda, cuán hermosa!

AURORA (Aparte.) (Si no me muestro animosa,
estoy perdida.... perdida.)

ROD. Aurora, ¿por qué afligida?

AURORA. ¿Yo?

ROD. ¡Sí; pareces turbada!
Alza al cielo la mirada,
porque en tus ojos me vea,
y en ellos la suerte lea
que me tienes reservada.

AURORA Rodrigo... (Mirándolo.)

ROD. ¡Así, vida mía!
Desde que partí, en mal hora,
á ver no he vuelto hasta ahora
la luz radiante del día.
AURORA (Aparte.) (¡Virgen santa, qué agonía!)
(Alto.) Cuánto exageras, Rodrigo.
ROD. Pongo al cielo por testigo
de que á doquiera que fuí,
en sombras todo lo ví
menos al soñar contigo.
AURORA ¡Te hemos llorado por muerto!
ROD. ¡Y si matara el pesar,
tumba debiéronme dar
las arenas del desierto!
AURORA ¡Verte en tu hogar á cubierto
quisimos con tal vehemencia!...
ROD. Era tanta mi impaciencia
por llegar, que me creía
que el tiempo se detenía
para eternizar mi ausencia.
AURORA ¿Por qué te fuiste de aquí
tanto peligro á arrostrar?
ROD. Tan sólo por conquistar
un nombre digno de tí.
AURORA ¿Qué dices?
ROD. Con frenesí
te quise y quiero...
AURORA (Asustada.) ¡Rodrigo!...
ROD. ¿Serás clemente conmigo?
¿Me quieres?
AURORA (Turbada.) ¿Y cómo no
quererte, quien compartió
la vida entera contigo?
ROD. ¿Lloras? ¿Por mí se derrama
el llanto por tu mejilla?
¡Con más pureza no brilla
la lluvia sobre la grama!
AURORA Mi llanto el amor proclama...
ROD. ¿Lágrimas por tal afán?
¡Ah! Pareciéndome están,
viéndote, Aurora, verterlas
dos hilos de blancas perlas
que desgranándose van.
¿Me querrás?...

AURORA (Sin saber qué decir.) Yo...
ROD. ¡Qué mudez!
AURORA Quizás...
ROD. Me tienes en cruz.
¡Lléname el alma de luz
con tu acento de una vez!
AURORA ¡Rodrigo!
ROD. Por su tibiez
la llama de tu lenguaje
llega á mí como ese encaje
de penumbra, luz y sombra,
con que el sol la tierra alfombra
cernido por el follaje.
AURORA Hermano mío, deliras.
¿Qué de mí escuchar pretendes?
ROD. Que me digas que te enciendes
en fuego cuando me miras;
que lejos de mí suspiras
por el vuelo del halcón
y la más honda aflicción
el sentido te enajena,
y que al verme se te llena
de alegría el corazón.
Quiero escuchar de tu boca
que es tu pecho virginal
para mí blando, leal,
para los demás de roca;
que al enojo te provoca
cuanto á mí me causa enojos,
y que por el llanto rojos,
al mirarme en amargura,
con la paz y la ventura
huye el sueño de tus ojos.
Que me jures además
que sobre todos los séres
hasme querido, me quieres,
y por siempre me querrás.
Y que sintiendo á compás
de mi corazón, así
como yo diera por tí
cuanto en la tierra alcancé
y de los cielos soñé,
¡todo lo dieras por mí!
(Al acabar Rodrigo la anterior relación, suena á lo

léjos el toque de oraciones. Aurora al oirlo lanza un grito y retrocede horrorizada.)

AURORA ¡¡La oración!! Alza.

ROD. Bien mío,
no así á morir me provoques.

AURORA (Huyendo de Rodrigo y apoyándose casi desvanecida en una piedra.)
¡No me toques! ¡No me toques!
(Viendo aparecer al Conde con Mendo y Beltrán.)

ROD. ¿Qué tienes? ¿Qué desvarío?...
(Acercándose á ella y examinándola.)
¡Cielos! Su rostro está frío...
Háblame, por compasión...
No puede hablar... ¡Maldición!
¡Se muere...!

AURORA (¡Pedro!)

ROD. ¡Socorro!
¡Padre! ¡Padre! Ven. Yo corro
en su busca. (Sale corriendo.)

AURORA (Cayendo desvanecida.) ¡La oración!

ESCENA XIV

MENDO, EL CONDE, corriendo hacia AURORA y cogiéndola en brazos

CONDE Ya es mía.

AURORA (Volviendo en sí.) ¡Pedro!

CONDE ¡Silencio!

AURORA ¿Qué intentas? ¡Déjame! ¡No!

CONDE ¡Calla!

AURORA ¡Por piedad!... ¡Mi padre!...

CONDE Aquí, fuertes. (A los escuderos.)

MEND. Bien, señor.

ESCENA XV

BELTRÁN, MENDO, RODRIGO, BERNARDO, GARCÉS desde dentro

BERN. ¡Aurora!

ROD. ¿Dónde está Aurora?

BELTRÁN ¡Atrás! (Cerrándales el paso.)

ROD. ¡Paso! ¡Qué traición!
(Desnudando la espada y lanzándose á ellos.)
¡Me lo abriré!
BERN. (Desnudando su puñal.) Voy contigo.
ROD. Me basto para los dos.
(Luchan los cuatro.)
BELTRÁN (Fijándose en Bernardo mientras luchan y retrocediendo espantado.)
¿Qué miro?... ¡Bernardo! ¡Cielos!
MEND. No cejes, Beltrán.
GARCÉS (Desde dentro.) ¡Favor!
¡Me han herido! ¡Se la llevan!
BERN. Es de Garcés esa voz...
GARCÉS ¡Qué se llevan á tu hija, (Desde dentro.)
Bernardo!
BERN. ¿Qué oigo?
ROD. ¡Gran Dios!
MEND. (Dando una estocada á Bernardo.)
Toma.
BERN. ¡Me han muerto! (Sintiéndose herido.)
ROD. (Dejando de luchar y yendo al socorro de Bernardo.)
¡Villanos!
BELTRÁN ¡Huyamos! (Vase con Mendo.)
ROD. ¡Padre!... ¡Qué horror!
BERN. No es nada: corre trás ella.
ROD. Pero, ¿y tú?
BERN. ¿Qué importo yo?
ROD. Pues bien, sí; corro á salvarla.
BERN. Pronto... ¡y ayúdete Dios!
(Rodrigo sale corriendo.)

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Gran salón del castillo del Conde. Á la derecha, bajo un dosel, dos sitiales. Armas y panoplias.

ESCENA PRIMERA

BELTRÁN, MENDO, NUÑO, hombres de armas y servidores del Conde.

NUÑO ¡Brava justa!
MENDO ¡Buen torneo!
BELTRÁN ¡Á fe que ha sido gran fiesta!
NUÑO No la hay mejor, pues al noble
ejercicio de la guerra
así el brazo se acostumbra.
MENDO Y los ánimos se templan.
NUÑO Bien nuestro Conde ha probado
su esfuerzo y bravura en ella.
MENDO También Don Alvar, el viejo,
mantuvo el palenque en regla.
BELTRÁN Entre los dos paladines
tal se igualó la contienda,
que otorgar á uno la palma
solemne injusticia fuera.
NUÑO Aún verles se me figura
en sus bridones de guerra,
en cuyos limpios arneses
la luz del sol centellea,
armados de todas armas,
la lanza firme en la diestra
y por el aire movidas

las plumas de la cimeras,
como cándidas palomas
que aleteasen en ellas;
afirmarse en los estribos,
requerir las flojas riendas,
colocarse frente á frente,
embestirse con violencia,
y del choque formidable
en que las lanzas se quiebran,
y los escudos se abollan
y el suelo mismo retiembla,
salir caracoleando
á dar al palenque vuelta
sin haber perdido un tilde
del arzón ni la estribera.

MENDO Fuí siempre y soy tan amigo
como tú de tales fiestas,
más hoy en vez de alegría
cáusanme enojo y tristeza.

NUÑO ¿Cómo así?

MENDO ¿Ganamos algo,
me quieres decir, con ellas?

NUÑO Nos divertimos.

MENDO ¡Ay, Nuño,
diviértese quien no piensa
en el derroche que hace
el Conde de las riquezas
de que á todos nos despoja,
labriegos y hombres de guerra.!

UNO Tiene razón.

BELTRÁN (Bajo á Mendo.) Sigue, Mendo.

MENDO Harto me mordí la lengua;
para soportar al Conde
fáltanos ya la paciencia.
No hay en su feudo un vasallo
que odio á muerte no le tenga.

UNO Bien dice Mendo, señores.

NUÑO Su matrimonio celebra
como magnate... ¿otra cosa
por ventura hacer pudiera?

MENDO Sí, por Dios. ¿Acaso es justo
que despilfarre sin rienda
y se olvide de las muchas
soldadas que nos adeuda?

¿Hasta cuándo, vive el cielo,
la vida, el honor, la hacienda
de todos, serán juguete
de la ambición de esa fiera?

VARIOS ¡Bravo! ¡Bravo!

BELTRÁN (Bajo á Mendo.) Sigue.

NUÑO (Reconviniéndole.) ¡Mendo!

MENDO Me he quitado la careta
y quiero hablar.

NUÑO Los atrasos
se pagarán con largueza:
doña Irene lleva en dote
muchos dineros y tierras.

MENDO Se los tragará el bastardo,
como al rocío la arena.

UNO ¿Y á esto Beltrán qué nos dice?

BELTRÁN ¿Yo? Nada.

NUÑO (Separándose del grupo y acercándose á la ventana del fondo.)
¿Qué ocurre ahí fuera?

MENDO ¿Qué Beltrán ha de deciros,
si le ahoga la vergüenza?

UNO ¿Cómo?

OTRO ¿Beltrán?...

MENDO ¿No sabéis
que el Conde le hizo una afrenta?

BELTRÁN ¡Calla, Mendo!

MENDO He de contarla.

VARIOS ¡Díla! ¡Díla!

MENDO ¿Quién creyera
que hiciese tal con el hombre
que fué su apoyo y defensa
en la paz con el consejo
y con el brazo en la guerra?

UNO ¿Qué ha pasado?

MENDO Ayer el Conde
puso en su cara la diestra.

NUÑO ¿Y lo sufriste?

VARIOS ¡Qué infamia!

NUÑO ¿Y por qué tamaña ofensa?

MENDO Porque se negó á dar muerte
á un pobre pechero.

VARIOS ¡Muera!

MENDO Él, miserable bastardo,

usurpador de estas tierras.
UNO Librémonos de su yugo.
OTRO Rompamos nuestras cadenas.
VARIOS Démosle muerte.
BELTRÁN ¿Abrigáis
valor para tal empresa?
TODOS ¡Sí! ¡Sí!
BELTRÁN ¿Vuestra confianza
ponéis en mí?
VARIOS Toda entera.
BELTRÁN Pues por la Virgen os juro
daros venganza completa.
MENDO ¡Viva Beltrán!
TODOS ¡Viva! ¡Viva!
BELTRÁN Pero, silencio... cautela...
MENDO (A Beltrán.) Juraste.
BELTRÁN De lo jurado
respondo con mi cabeza.
NUÑO (Mirando desde el balcón.)
Mirad, mirad; los monteros
se dirigen á la selva:
sin duda la comitiva
de doña Irene se acerca.
(Vánse todos al fondo, dejando solos en primer término á Beltrán y Mendo.)
MENDO Están ganados.
BELTRÁN Son nuestros.
MENDO ¿Y con los monteros cuentas?
BELTRÁN Todos están de mi parte.
MENDO ¿Daremos caza á la fiera?
BELTRÁN Muy pronto.
MENDO La vida suya,
no hay más remedio, ó la nuestra.
BELTRÁN Está sobre aviso, Mendo;
desde ayer hay muchas nuevas.
MENDO ¿Qué pasa?
BELTRÁN Pues que esta noche
la velada se celebra.
MENDO ¿Y qué?
BELTRÁN Para darle brillo,
he traído á una doncella
y á un trovador he buscado
cuya historia es un poema.
MENDO ¿Quién es el bardo?

BELTRÁN (Señalando al interior.) Aquel mozo.
MENDO ¡Rodrigo y el viejo!
BELTRÁN ¡Sella
el labio!
MENDO No te comprendo.
BELTRÁN Ven aquí; que no nos vean.
MENDO ¿Mas quién es ese Rodrigo?
BELTRÁN La venganza que se acerca.
(Vánse Mendo y Beltrán.)

ESCENA II

RODRIGO y BERNARDO.—Nuño y los hombres de armas en el fondo

ROD. ¿Y la herida?
BERN. Bien del todo.
ROD ¡Cuán amarga la existencia
que llevamos, padre mío!
Me harta esta vida andariega
y este laud y mis cantos...
BERN. ¡Que un viejo como yo tenga
que dar consuelos á un mozo!
ROD ¡Si son de rabia mis quejas!
¡En vez de esgrimir la espada
andar pulsando estas cuerdas!...
BERN. ¿Halláramos de otra suerte
libre entrada donde quiera?
ROD. ¿Y qué—dime—conseguimos
con visitar fortalezas,
caseríos, monasterios,
campos, ciudades y aldeas,
si en parte alguna logramos
que nos den noticias de ella?
BERN. No desesperes, Rodrigo.
ROD. ¿Quién, padre, no desespera
esperando un imposible
y una dicha que no llega?
BERN. Ya llegará.
ROD. ¡Dios te oiga!
BERN. Me presumo que está cerca.
ROD. ¿Sabes algo?
BERN. Nada.
ROD. Entonces,

estás presumiendo á ciegas.

BERN. Escucha, Rodrigo; antes
que el pobre Garcés muriera
á manos del ignorado
raptor de Aurora en la selva,
de algunos de este castillo
declaró tener sospechas.

ROD. ¿Y cómo no me dijiste?...

BERN. Temía por tu existencia.
Es el castillo en que estamos
una guarida de fieras.

ROD. ¿Y qué importa?...

BERN. Hoy Dios permite
que se nos abran sus puertas,
¿quién sabe si porque hallemos
en él fin á nuestras penas?

ROD. Gente viene.

BERN. Disimula.

NUÑO (Dejando el balcón y acercándose á ellos.)
Dios os guarde.

ROD. Con él vengas.

NUÑO Si á la fama que os anuncia
corresponde vuestra ciencia,
la velada de esta noche
ha de ser la mejor fiesta
de cuantas prepara el Conde
en obsequio de su bella.

ROD. Das un valor desmedido
á los cantos del poeta.

NUÑO Sus méritos y dulzuras
con gusto mayor aprecian
que las gentes sosegadas
los rudos hombres de guerra.

ROD. Siempre el hombre lo contrario
de lo que tiene desea.
Por dejar yo para siempre
las malditas cantinelas
y blandir de nuevo el hierro,
diez años de vida diera.

BERN. (Que te vendes.) (Aparte á Rodrigo.)

NUÑO ¿Quién te impide
lanzarte al campo?

ROD. Mis penas.

BERN. Dí las nuestras, hijo mío.

ROD. Dices bien, padre, las nuestras,
que contigo á no partirlas
á su peso me rindiera.
NUÑO Vive Dios, que no comprendo
qué desdichas son las vuestras.
¿Acaso las desventuras
se alivian cantando endechas?
¿No se curaran más pronto
peleando en la frontera?
ROD. Mi padre está herido y viejo,
sin más apoyo en la tierra
ni más bienes que mis cantos.
NUÑO ¡Pues olvida tus tristezas!
ROD. ¡Olvidar! Dí... ¿quién olvida,
si es bien nacido, una ofensa
sin haberla antes vengado?
NUÑO ¿Has recibido una afrenta?
ROD. Afrenta no, ¡vive el cielo!
porque no la consintiera.
A traición hanme agraviado;
traición que aun vive secreta...
NUÑO ¿Y la vengarás con trovas?...
ROD. Trovando descubrirela,
y con hierro, como noble,
la vengaré descubierta.
NUÑO Hágalo Dios.
ROD. ¡Ay de muchos,
si Dios mis votos oyera!
BERN. Tu ánimo calma, Rodrigo.
NUÑO Bien tu padre te aconseja:
hoy es día de festejos;
del laud pulsa las cuerdas,
y con sus sones endulza
el acibar de tus penas.
ROD. Haz que del noble castillo
las mujeres aquí vengan,
y les cantaré una trova.
NUÑO Ni una sola aquí se alberga.
ROD. (Ya lo ves; aquí tampoco.) (Aparte á Bernardo.)
NUÑO Más cántanos una endecha
en tanto no viene el Conde.
ROD. Cantaré.
NUÑO (A los hombres de armas que siguen en el fondo.)
Venid más cerca:

estos buenos trovadores
con un canto nos obsequian.

VARIOS ¡Vamos! ¡Vamos!

UNO ¡Es buen mozo!

OTRO ¡Y dicen que gran poeta!

NUÑO ¡Por Dios, que el joven y el viejo
no sé por qué me interesan!

UNO Un romance.

OTRO No; una trova.

NUÑO Un cuento de amores sea.

ROD. Venga el laud.

VARIOS ¡Viva el bardo!

CONDE (Apareciendo.) ¡Silencio! ¿Qué bulla es esta?

ESCENA III

DICHOS, EL CONDE

TODOS ¡El Conde!

CONDE Nuño; que todos
á recibir se prevengan,
á la que vendrá al castillo
para ser señora vuestra.

NUÑO Bien, señor.

CONDE Que alce la torre
del homenaje mi enseña;
que armados de partesanas
los hombres todos de guerra
en el patio de honor formen,
y que un toque de trompetas
me avise de la llegada
del cortejo. Salid fuera. (Vanse todos.)

ESCENA IV

EL CONDE, después NUÑO

CONDE O señor ó esclavo... Este
es de la vida el problema...
¡Poder, esplendores, gloria!...
Estas son las dichas ciertas.
Seré grande. Centuplico

con esta unión mis riquezas,
y al trono me acerco... Irene
es del Rey próxima deuda...
¿Otros mil sin mis alientos
no alcanzaron la diadema?
¡Si mis sueños realizase!...
¿Por qué no? Más árduo era
subir á donde he subido
de tan baja procedencia,
que lo es llegar de mi altura
al dominio de la tierra.
(Óyense fuera murmullos y voces.)
Más ¿qué escándalo? ¿Quién osa?...

AURORA (Dentro.) ¡Dejadme!

CONDE ¿Y hay quién se atreva?...

NUÑO (Apareciendo en la puerta.)
Una mujer obstinada
en verte...

CONDE Arrojadla fuera.

NUÑO Es que lucha y grita y llora...

CONDE Que la azoten, si es tan terca.

AURORA (Desde dentro, más cerca que ántes.)
¡He de entrar!

CONDE ¿Qué acento es ese?...

AURORA (Entrando perseguida por un escudero que la detiene.)
¡Quiero verle!

CONDE ¡Aurora!

AURORA ¡Suelta!

CONDE (Aparte.) (¡Maldición! ¡En este instante!...)

AURORA (Deshaciéndose del escudero y corriendo hácia el Conde.) ¡Allí le veo!

CONDE (Al escudero.) Despeja.
(Vanse Nuño y el escudero.)

ESCENA V

EL CONDE, AURORA

CONDE ¿Cómo aquí? ¿Quién te ha traído?
¿A qué vienes?

AURORA A saber
si es verdad que á otra mujer

cual me mentiste has mentido;
á desgarrar, fementido,
el velo que te enmascara,
y ante la dama preclara
con quien pretendes unirte,
como una sierpe escupirte
tus perjurios á la cara.

CONDE ¿Qué dices? ¿Estás demente?

AURORA Tú eres, Pedro, quien lo estás,
si juzgas que á lograr vas
tu deseo impunemente.
La que vió ayer, inocente,
casi un Dios en tu persona,
hoy, que vé claro y razona,
viene á arrancarte por vil
tu corazón de reptil
con sus garras de leona.
¡Sí! Que somos las que damos
del amor en los extremos,
palomas cuando caemos
y fieras si nos vengamos.

CONDE ¡Aurora!

AURORA No oigo reclamos;
y aunque remontado estás
á gran altura, vendrás
á caer bajo mi planta;
la ola que más se levanta
aquella desciende más.

CONDE ¿Mas quién fué el revelador?...
¿Quién aquí te hizo venir?
¡Vive Dios, que ha de morir
á puñal ese traidor!

AURORA Ceba entonces tu furor
en mi corazón leal,
que tu intento criminal
adivinó en tu desvío.

CONDE ¿Quién fué? Dí.

AURORA ¡Yo, que me río,
ya lo ves, de tu puñal!

CONDE A anonadarte, prefiero
escuchar tu acento vano
con el desdén que el alano
los ladridos del faldero.
¡Infeliz! Tu enojo vano

ni me exalta ni me abruma,
que cual las olas en suma
los celos que te enloquecen,
aunque montañas parecen
no son más que leve espuma.

AURORA No desprecies, no, mis sañas,
cuando intrépida te arguyo;
habla por mí el hijo tuyo
que palpita en mis entrañas.

CONDE (Con sorpresa.)
¿Qué estás diciendo?... ¡Me engañas!

AURORA ¿Qué es lo que llego á escuchar?
Dios mío... ¿puede dudar?
¿Por qué no niegas, ¡Señor!
al que es incapaz de amor
la ventura de engendrar?

CONDE (En tono más dulce.)
¡Infeliz! Si comprendieras
á dónde van mis anhelos,
en vez de estorbar sus vuelos
nuevas alas les pusieras.

AURORA ¿Qué de tus ansias esperas?

CONDE Gloria, riqueza, esplendor,
ser de los hombres señor,
quien todo lo pueda y mande...

AURORA ¿Por qué en vez de ser tan grande
no procuras ser mejor?

CONDE Sacrifícate por mí,
como yo me sacrifico;
si anhelo ser grande, rico,
omnipotente... es por tí.
Te pondré, como otras ví,
sobre un trono con dosel...
nadie estará á tu nivel...

AURORA ¡Pero si yo no ambiciono
en este mundo más trono
que el de tus brazos... cruel!
He dado en mi corazón
al amor tanto lugar,
que en él no puede arraigar
el germen de otra pasión;
mucho ménos la ambición,
toda dureza y falacia,
hambre que nunca se sacia

torcedor del alma eterno,
hija impura del infierno
y madre de la desgracia.

CONDE Dime, insesata, el pesar
que causa el obedecer,
¿nunca te hizo apetecer
la ventura de mandar?
De mí te puedo jurar,
que cuando el poder ajeno
logra al mío poner freno,
hasta vengar tal mancilla,
es mi sueño pesadilla
y el pan se me hace veneno.

AURORA Estaré, Pedro, en error;
humilde, poco entendida,
tan sólo sé de la vida
lo que son penas de amor.
Hazte del mundo señor,
pues tienes mérito y brío,
corre á hallar el poderío
que anhelas con frenesí,
pero queriéndome á mí
y siendo del todo mío.

CONDE (¡Infeliz!)

AURORA Familia, honor,
paz, inocencia, alegría,
cuanto en el mundo tenía
lo dí á cambio de tu amor.

CONDE ¡Aurora!

AURORA ¿Juzgas, señor,
que me arrepiento quizás?
¿Arrepentirme? ¡Jamás!
¡Si mi amor es tan violento,
tan grande, que lo que siento
es no poder darte más!

CONDE ¡Oh! ¿Tanto me quieres?...

AURORA Mucho;
de tal suerte que estar creo
ciega cuando no te veo
y sorda si no te escucho.

CONDE (Por vencerme en vano lucho...) (Aparte.)

AURORA ¡Y tus caricias me tasas!
Ven... que el alma me traspasas
cuando de mi faz retiras

los ojos con que me miras
ó el labio con que me abrasas.

CONDE (Me rinde.) (Aparte.)

AURORA Ven á mi lado;
eres demasiado bueno
para que esquives el seno
que tu amor ha fecundado.
Ya siento haberte ultrajado...
¡Perdón!... Fuí loca... ¡Perdón!
La callada inculpación
es la que el cariño amengua;
lo que se va por la lengua
no arraiga en el carazón.

CONDE (¡Qué hermosa!)

AURORA En mis brazos preso. (Le abraza.)

CONDE (¡Dulce paz!)

AURORA ¡Oh! ¡Quién la calma
pudiera, Pedro, en tu alma
infundir con este beso!

CONDE (¡Su voz tiene un embeleso!...)

AURORA Acércate más á mí.
¿Quién te arrancará de aquí?
(Suena á la léjos un toque de trompetas. El Conde al oirlo se levanta sobresaltado.)

CONDE ¿Eh?

AURORA ¡Pedro!

CONDE ¡Déjame!

AURORA ¡Ah!

CONDE ¡Quita!

AURORA ¡Pedro!

CONDE (Desprendiéndose de Aurora, que intenta detenerlo.)
¡Quita allá!

AURORA ¡Para siempre lo perdí!

CONDE (Cogiéndola por un brazo.)
¡Vive el cielo! ¡Ven por Cristo!

AURORA Me haces mal... ¿Qué te hice yo?

CONDE Ahí dentro penetra.

AURORA (Resistiendo.) No;
á dejarte me resisto.

CONDE ¿Que te obligue, por lo visto (Luchando.)
pretendes?

AURORA (Asustada.) ¿Qué vas á hacer?

CONDE Tú lo quieres.

AURORA (Echándose al suelo.) ¡No ha de ser!

CONDE (Arrastrándola hacia una de las puertas, donde la hace entrar.)
¡Por Dios que á saberlo vas!
¡Ya ha sido! ¡No es Satanás
más terco que una mujer!

ESCENA VI

EL CONDE, BELTRÁN, después NUÑO

CONDE ¡Beltrán! ¡Beltrán! (Llamando.)
BELTRÁN (Desde dentro.) ¿Señor?
CONDE ¡Pronto!
BELTRÁN ¿Qué quieres? (Entrando.)
CONDE ¿Quiénes han sido
los que quedaron guardando
á Aurora en su oculto asilo?
BELTRÁN Los tres soldados de siempre.
CONDE Levanta mañana mismo
tres horcas en las almenas
más altas de este castillo,
y allí los cuelga. Deseo
que mis bodas, ¡vive Cristo!
hasta los grajos del monte
celebren con regocijo.
¡Hola, Nuño! (Llamando.)
NUÑO ¿Señor?....
CONDE Mira
si está mi caballo listo. (Váse Nuño.)
BELTRÁN Ten en cuenta...
CONDE Ni una sola
observación te permito:
quien perdona á los traidores
se hace traición á sí mismo.
¿Sabes, Beltrán, que han dejado
venir á Aurora á este sitio,
y en mis planes la han impuesto?
BELTRÁN ¿Cómo?
CONDE Allí está. Con sigilo
sácala, ocúltala, y luego
la vuelves á su retiro.
Tu cabeza me responde
de todo.

BELTRÁN Véte tranquilo.
NUÑO El caballo está dispuesto. (Volviendo.)
CONDE (¿Quién lo duda? El triunfo es mío. (Al irse.)
¡Ay de aquel que loco ó ciego
se me cruce en el camino!)
(Vase el Conde seguido por Nuño.)

ESCENA VII

BELTRÁN, después BERNARDO

BELTRÁN (Siguiendo al Conde con la vista.)
Conde, el momento ha llegado
de que pagues tus delitos...
Corre, sí; cuanto más corras
más te acercas al abismo.
Fascinado por tu audacia,
debil, pérfido, mezquino,
fuí tu can, tu humilde esclavo;
pero al volver por mí mismo,
harto de ultrajes, de perro
en hiena me he convertido.
Pero apremian los instantes;
ver al viejo necesito...
Aurora está aquí segura;
tenerla oculta es preciso
hasta el momento supremo.
Si como pienso, Rodrigo
es aquel rapaz.
(Mirando hácia el interior.)
El viejo
se encamina hácia este sitio.
¡Dios me lo envía!... ¡Bernardo!
BREN. ¿Quién me llama? (Entrando.)
BELTRÁN Yo.
BERN. (Reconociéndolo.) ¿Qué miro?
¿Y mi hija? ¿Dónde está Aurora?
¿En dónde está?
BELTRÁN Calla.
BERN. ¡Dílo!
BELTRÁN ¡Silencio, ó la pierdes! Oye...
BERN. ¿Qué he de oir, ladrón maldito?
¡O me la entregas ó mueres!

BELTRÁN ¡Insensato, la has perdido
si no callas!
BERN. ¿Yo, perderla?
Si no amenazo, suplico...
ya lo ves, dame á mi Aurora.
¡De rodillas te lo pido!
BELTRÁN Te juro que vas á verla,
pero escúchame tranquilo.
BERN. ¿Tranquilo? Sin que lo digas
ya lo sé; no tienes hijos.
BELTRÁN Te vuelvo á jurar...
BERN. Infame,
¿qué fe merece un bandido?
¿Pero, perdona... perdona...
yo no sé lo que me digo...
Estoy loco... ¡Voy á verla!
¿No es verdad que me lo has dicho?
BELTRÁN Hoy la verás en tus brazos,
si á mis planes das auxilio.
BERN. Habla... ¿Qué quiéres?
BELTRÁN Que evoques
de las sombras del olvido,
aquel tiempo en que vivías
en las riberas del Miño...
BERN. ¿Y para qué? No comprendo...
BELTRÁN ¿Recuerdas haberme visto?...
BERN. En el rapto de mi Aurora.
BELTRÁN Antes, antes...
BERN. ¿Cuándo ha sido?
BELTRÁN ¿Recuerdas que há veinte años,
una noche de ventisco,
á tu choza de Galicia
llegó un hombre con un niño?
BERN. ¿Cómo? ¿Qué dices?
BELTRÁN ¿Recuerdas
que al entregártelo dijo:
«Si noble y cristiano eres?...»
BERN. (Interrumpiéndole.)
¿Cómo sabes?... No adivino...
¿Tú acaso?...
BELTRÁN Yo.
BERN. ¿También fuiste?...
BELTRÁN ¡Mírame atento!
BERN. ¡Dios mío!

¿Quién es, quién es este hombre
que has atado á mi destino?

BELTRÁN ¿Guardas la media medalla?

BERN. Siempre la llevo conmigo.

BELTRÁN La otra media es esta, mira.

BERN. ¿Estoy soñando ó deliro?

BELTRÁN ¿Qué fué de aquel niño, vive?

BERN. ¿Pues no ha de vivir mi hijo?

BELTRÁN ¿Luego es él?

BERN. Míralo ahí fuera. (Señalando.)

BELTRÁN Llámalo al punto.

BERN. (Llamando.) ¡Rodrigo!

ESCENA VIII

DICHOS, RODRIGO

BELTRÁN Prudencia ten.

BERN. Me sofoco.
¡Rodrigo!

ROD. Padre, ¿qué pasa? (Entrando.)

BERN. ¡El corazón se me abrasa!

ROD. ¿Qué tienes?

BERN. ¡Me vuelvo loco!

ROD. ¿Lloras? ¿Qué nuevo pesar?...

BERN. ¡Rodrigo, si es de alegría!...

ROD. ¿Acaso Aurora?...

BERN. ¡Hija mía!...
La vamos á rescatar.

ROD. ¿Qué dices?

BERN. Que lograremos
verla hoy mismo á nuestro lado.

ROD. ¿Pero quién te ha revelado?...

BERN. (Señalando á Beltrán.)
A ese hombre se lo debemos.

ROD. ¿Eh? ¿Qué es esto?... ¡El foragido
que á robárnosla ayudó!...
¡Infame!

BERN. Contente.

BELTRÁN Yo,
que á tus plantas perdón pido.

ROD. ¿No es un sueño lisonjero

lo que miro?... Mas responde,
¿en dónde está Aurora, en dónde?

BELTRÁN Rodrigo, escucha primero.

ROD. ¿Qué, insensato, me dirás
que en mi espíritu haga mella?
Saber en dónde está ella...
eso quiero... ¡nada más!
¿Quién es el raptor de Aurora?

BELTRÁN ¡Grande y noble es quien te hiere!

ROD. ¡Grande, noble! ¡Así lo quiere
mi cólera vengadora!

BELTRÁN Señorea en un castillo,
en guerreros abundante.

ROD. Dame gente, y al instante
lo entraré á sangre y cuchillo.

BELTRÁN ¿Aliento y fuerzas tendrás?

ROD. ¿Cómo no, si ella me hostiga?
¡Dame gente que me siga,
y no me preguntes más!
¡Pronto caerá á mi furor
la fortaleza deshecha!

BELTRÁN ¿A qué ha de entrar por la brecha
quien del castillo es señor?

ROD. ¿De mí te burlas, menguado?

BELTRÁN Rodrigo, ten en mí fe,
y posesión te daré
de un gran nombre y de un Condado.

ROD. ¿Padre, qué dice este hombre? (Con sorpresa.)

BERN. No lo sé, Rodrigo mío. (Idem.)

ROD. ¿Yo grande? ¿Yo un señorío?...
¡Mi nombre! ¿Cuál es mi nombre?
¡Pero no lo digas, no;
pues aunque no tenga par,
otro no quiero llevar
que el que este anciano me dió!

BERN. ¡Hijo del alma!

ROD. Ni ahora
ser noble, ni caballero,
ni grande, ni nada quiero...
¡sino salvar á mi Aurora!

BELTRÁN ¿Pero no podrá mejor
amparar á su adorada
el jefe de una mesnada
que el mísero trovador?

ROD. Habla entonces.
BELTRÁN Un impío,
bastardo de nacimiento,
apoderóse violento
de tu nombre y señorío.
ROD. ¿Cómo?
BELTRÁN Tu pabre, al morir,
en sus manos te dejó,
y el infame pretendió
que dejaras de existir.
ROD. ¡Padre, esta historia es aquella
que Garcés nos refería!
BERN. Pero allí el niño moría.
BELTRÁN Salvólo su buena estrella.
ROD. ¿Y cómo fué?
BELTRÁN Aquel tirano
que te privó de tu suerte,
para que te diera muerte
te puso en mi dura mano;
y movido á compasión
por tu inocencia, Rodrigo,
te puse bajo el abrigo
de ese noble corazón.
En Galicia te dejé
despojado, miserable...
Soy del despojo culpable,
mas la vida te salvé.
Muerto aquel vil te creyó...
ROD. ¡Sé la historia; hablar es vano!...
¿Quién es, quién es mi tirano?
BELTRÁN El que á tu Aurora robó
ROD. ¿Cómo?... ¿También ese infiel?...
¡Corramos!
BELTRÁN ¿A dónde vas?
ROD. ¡Al castillo!
BELTRÁN En él estás.
ROD. ¿Qué dices? (Asombrado.)
BELTRÁN Que estás en él.
ROD. Torna á hablar... No comprendí.
¿Qué has dicho?
BELTRÁN Lo que has oído;
que estás en donde has nacido,
y que eres el dueño aquí.
BERN. ¡Rodrigo del corazón!

ROD. No es verdad, padre... detente...
¡Dios mío, luz á mi mente,
que se me va la razón!
BERN. ¡Valor, audacia, Rodrigo!
BELTRÁN Te juro á fe de Beltrán
que todos, todos están
contra el bastardo y conmigo.
ROD. ¿Estoy soñando ó despierto?
BERN. Despierto, despierto estás.
BELTRÁN ¡El señorío obtendrás!
ROD. ¡Dad á ese infame por muerto!
BERN. ¡Rodrigo!
ROD. Dejadme hacer.
BELTRÁN Antes á decirte voy...
ROD. Sabido, necio, quién soy,
¿qué más tengo que saber?
¿Tienes gente de valor? (A Beltrán.)
BELTRÁN Con todos, con todos cuento.
¿Quiéres ver cómo al momento
te proclaman por señor?
ROD. Ahora no. ¿Vas á espantar
de su cubil al leopardo?
Ahora no soy sino el bardo
que se dispone á cantar.
BERN. No te comprendo, Rodrigo.
ROD. Dejad correr la velada, (A Beltrán.)
y cuando saque la espada
proclamadme y sed conmigo.
Y pues que pidiendo están
los crímenes del tirano,
no el debil castigo humano,
sino el furor de Satán,
quiero, antes de hundir en él
el hierro que ha de matarle,
el alma despedazarle
con las garras de Luzbel.
En medio de su esplendor,
cuando embriagado de orgullo
juzgue lisonjero arrullo
hasta del odio el rumor;
cuando crea en su victoria
y en tal júbilo se inflame
que sobre el mundo derrame
una mirada de gloria;

entonces, entonces yo,
ante su intrépido bando,
le iré uno á uno arrancando
cuantos bienes me robó,
y si aún no se acobarda
y por sí quiere volver,
le haré á torrentes verter
toda su sangre bastarda.

BERN. Proyectos tan inhumanos...

ROD. ¡Padre, encendiste mis iras,
y ahora que ardiendo las miras
quieres atarme las manos!
Habla á todos: la hora avanza. (A Beltrán.)

BELTRÁN Todo lo voy á ordenar. (Vase.)

ROD. ¡Juro á Dios que ha de quedar
memoria de mi venganza!

ESCENA IX

RODRIGO, BERNARDO

BERN. Rodrigo.

ROD. ¿Qué quiéres, padre?

BERN. Tiemblo por tí: si ese hombre
nos engañase...

ROD. No temas;
cual nosotros odia al Conde.

BERN. ¿Y si fuera una añagaza?...

ROD. Desecha vanos temores
y el alma no me amilanes;
la necesito de bronce.

BERN. ¿Y tu vida?

ROD. ¿A qué la quiero
con vergüenzas y dolores?
¡Moriré matando, padre!

BERN. ¿Qué será de Aurora entonces?

ROD. ¡Aurora! No me la mientes,
que desfallezco á su nombre,
y sólo de la venganza
escuchar quiero las voces.
¡Humo vuélvanse las glorias,
las grandezas, los honores
de ese mundo del que acaban

de abrirme los horizontes,
con tal que mi agravio vengue
y á ver á mi Aurora torne. (Ruido dentro.)

BERN. ¿Qué es eso?

ROD. Llegó la hora.

BERN. Se acercan.
(Señalando á dentro.)

ROD. Míralo.

BERN. ¡El Conde!

ROD. ¡Al fin, al fin, Dios del cielo
á mis alcances lo pones!

ESCENA X

DICHOS, EL CONDE trayendo de la mano á IRENE. Síguenlos DON ALVAR y algunas DAMAS y CABALLEROS. Precédenlos algunos ALABARDEROS

IRENE Paréceme tu castillo
tan fiero como tus hombres.

CONDE Para guardar, vida mía,
en estos tiempos que corren
lo que amamos y tememos
de rapiñas y traiciones,
altos muros son precisos
y valientes servidores.

IRENE ¡Es tan ágria, tan salvaje
la subida de este monte!

CONDE Cual cogujada, el plebeyo
entre los surcos se esconde;
los grandes nos levantamos
á anidar con los halcones.

D. ALVAR. Educada en un palacio
entre palomas y flores...

CONDE Flor ella y paloma á un tiempo
será, que alegre estas torres.

D. ALVAR. El amor lo alegra todo...

CONDE Irene mía...

ROD. (A Bernardo en voz baja, desde el fondo del salón donde se han retirado.)
(¿Tú lo oyes?
No sé cómo me contengo.)

BERN. (¡Prudencia!)

D. ALVAR. El Rey entregóme
una preciosa diadema
para que la sien corone
de su deuda y mi pupila,
al unirse con el Conde
que tanto en la última guerra
con sus huestes ayudóle.

CONDE Que le agradezco el presente,
don Alvar, díle en mi nombre,
y que con vida y hacienda
le ayudaré, como noble.

IRENE En tanto las ceremonias
de nuestra unión se disponen,
que bailen las juglaresas
ó canten los trovadores.

CONDE (Conduciendo á Irene á uno de los sitiales colocados bajo el dosel, á cuyo lado se sienta él más tarde.)
En este sitial descansa
á mi lado, Irene, en donde
pueda beber en tus ojos
el fuego de los amores.

ESCENA XI

DICHOS, BELTRÁN, MENDO, NUÑO, ESCUDEROS, hombres de armas y la servidumbre toda

CONDE (Llamando.) ¡Hola! Aquí mis escuderos
y servidores leales;
vengan todos como iguales,
vasallos, pajes, monteros...
Acudan también aquí
los hombres de mi mesnada;
quiero que en esta velada
estén todos junto á mí.
(Van entrando todos y distribuyéndose convenientemente por la escena hasta llenarla por completo.)

ROD. (Ahogándome está el furor.) (A Bernardo.)

BERN. (Te vendes de esa manera.) (A Rodrigo.)

ROD. (¡Espera, coraje, espera,
para vengarte mejor!)

BELTRÁN (Tu orden está ejecutada: (A Rodrigo.)
todos vienen prevenidos.)

CONDE Pues nos hallamos reunidos,
dé comienzo la velada.
IRENE ¿Hay algún bardo famoso
que sepa trovar de amores?
BELTRÁN Rodrigo...
CONDE Salga.
ROD. (Adelantándose.) Señores...
UNO Es arrogante.
OTRO ¡Brioso!
BERN. ¿Qué irá á decir?
MENDO Esperemos.
BERN. Por Dios, que impaciente aguardo...
UNO (A Beltrán.)
(¿Gritamos ya «viva el bardo?»
BELTRÁN Mira á su espada: callemos.)
CONDE ¿A qué esperas, trovador?
¿Qué miras? ¿No oyes? Empieza.
BERN. (¡Dios de mi vida!)
ROD. Señor,
fascinóme tu grandeza,
tu arrogancia y tu esplendor.
Como en misterios abunda
la trova que he de cantar,
porque nadie se confunda,
voy primero á relatar
la leyenda en que se funda. (Pausa.)
No muy lejos de esta marca
se alza un castillo roquero,
desde el cual la vista abarca
toda la extensa comarca
que vive bajo su fuero.
No conoce el sobresalto
de que el contrario lo afronte,
por ser tan fuerte, tan alto,
que sólo admite el asalto
de las águilas del monte.
De tajo en rambla y vertiente,
saltando mil fuerzas suma,
para embestirle, un torrente
que á sus plantas impotente
se deshace en blanca espuma.
La enredadera salvaje
tiende y columpia su encaje
en muro, foso y rastrillo;

y corona su almenaje
el jaramago amarillo,
y con fuerza y gloria tanta
hunde en las rocas su planta
y eleva la frente al sol,
que otro igual no se levanta
en todo el suelo español. (Pausa.)
Emporio de la riqueza,
de poder y lujo centro,
si no es esta fortaleza,
ninguna en el mundo encuentro
que la aventaje en grandeza.
Allí el pintado cristal
en la ventana ojival,
y de cuero cordobés
el diván que hunde sus pies
en la alcatifa oriental.
Allí el perfumado hachón,
dando cuerpo á los resaltes
floridos del artesón,
y avivando los esmaltes
del histórico blasón.
En galerías y salas,
como trofeos y galas,
cabezas de jabalíes
y disecados neblíes
al aire abiertas las alas...
Resonando en lo interior
de aquella fuerte Babel
el ronco aullar del lebrel,
el graznido del azor
y el relincho del corcel.
Pero nada de más brillo
puede admirarse en la tierra
que, por el férreo portillo,
ver salir de caza ó guerra
al gran señor del castillo;
pues finge, al ponerse en juego
la gente que le acompaña,
si la luz del sol la baña,
una serpiente de fuego
que se enrosca á la montaña,
viniendo en el llano á dar
con el brillo refulgente

y el profundo resonar
con que dan en la rompiente
las roncas olas del mar.

IRENE — En recitar es muy diestro.

CONDE — ¿Te gusta su cuento oir?

UNO — (A los que le rodean, aparte.)
(Ese castillo es el nuestro.)

MENDO — (El principio es de maestro.)
(Murmullos de admiración.)

CONDE — Dejad al bardo seguir.

ROD. — Era, aunque muy perspicaz,
el dueño de tal mansión,
tan noble de corazón,
que, siendo de ella incapaz,
no temía la traición.
De los reveses y daños
con que el mundo le amargaba,
el amor le consolaba
á un hijo de pocos años
en quien la vida cifraba;
amor que llegó á mermar,
con artificio sin par,
un joven aventurero
que quiso y logró pasar
por deudo del caballero.
Muy mal la gente veía
de aquel mozo la fortuna,
pues sólo de él se sabía
que era de bastarda cuna
y de condición impía.
Mas de tal suerte ganó
á su protector ó deudo,
que éste al morir le fió...

CONDE — (Estremeciéndose á su pesar, aparte.)
(¿Qué dice este hombre?...)

ROD. — Su feudo,
y al niño que lo heredó.

CONDE — (Levantándose irritado.)
¡Eh, basta! ¿Quieres callar?
¡Miserable, deja el cuento!

IRENE — ¿Y por qué lo ha de dejar, (Con extrañeza.)
en el preciso momento
en que empieza á interesar?
No comprendo tu arrebato,

ni sé por qué te fatiga
del trovador el relato.

CONDE ¿No te aburre?

IRENE ¡Si me es grato
escucharle!...

CONDE ¡Siga!... ¡Siga!...

(El Conde vuelve á su sitial, cada vez más intranquilo y dando muestras de mayor agitación.)

ROD. El infame, por lograr
el señorío usurpar,
mató al niño...

IRENE ¿Lo mató?

ROD. Señora, lo hizo matar
y el señorío usurpó.
Mejor sufriera el estado
el yugo de Belcebú,
que el poder desenfrenado
del Conde...

CONDE ¿Conde?

ROD. ¡El malvado
se hizo Conde, como tú!

CONDE ¡Mientes, villano!

IRENE Señor...
¿á qué viene ese furor?

CONDE (Fingiendo tranquilidad.)
Irene... si estoy en calma...
(Aparte.) (¡Pedazos haré tu alma,
miserable trovador!)

MENDO (A Nuño.) (Es la historia del bastardo.)

NUÑO (¡Qué valor!)

MENDO (¡Qué sangre fría!)

BELTRÁN (¡Bien al Conde desafía!)

UNO (A Beltrán.) (¿Gritamos ya «viva el bardo?»)

BELTRÁN (No es ocasión todavía.)

ROD. Terror, piedad, ó despecho
he logrado levantar
con mi historia en todo pecho;
nunca ví tan satisfecho
mi orgullo de buen juglar.

CONDE (Aparte.) (¿Quién es este trovador?)

ROD. Doquier, para hacerse fuerte,
el maldito usurpador
iba sembrando el terror
y la miseria y la muerte.

Teniendo por fe el engaño,
por justo derecho el robo,
y gozándose en el daño,
fué entre los suyos el lobo
que se ceba en el rebaño;
pues juntar al cielo plugo
en aquel vil corazón
la arrogancia del matón,
la inclemencia del verdugo
y el instinto del ladrón.

CONDE (Cada vez más exaltado, aparte.)
(¡Por Dios, que lo he de matar!)

ROD. ¿Quién diría que tal fiera
que acababa de robar
á una joven de su hogar...

CONDE (Levantándose furioso.)
¡Beltrán, arrójale fuera! (Nadie se mueve.)

ROD. (Continuando su frase.)
Se atreviese á pretender...

CONDE ¡No me obedece!

ROD. (Como antes.) A una hermosa...

CONDE ¿Qué pasa aquí?

ROD. (Idem.) Del valer
y la pureza...

CONDE ¿Y aun osa?...

ROD. (Señalando á Irene.)
De esa inocente mujer?

IRENE ¿Qué dice?

CONDE (Loco de rabia.) ¡Basta, menguado!
¡A él, Beltrán!

ROD. Mas Dios salvó,
por castigar al malvado,
al niño desventurado

CONDE ¿Qué oigo?

ROD. Mírame. ¡Soy yo!

CONDE ¡Mendo! ¡Nuño! ¡Voto va!...
!Matadle! ¡Matadle! Infames,
¿no os moveis? ¡Venid acá!

ROD. Es inútil que los llames;
ninguno te acorrerá.

CONDE ¡A mí, villanos, traidores!...

IRENE (Bajando del sitial y amparándose en don Alvar.)
Don Alvar, morir me siento.

D. ALVAR ¡Mis valientes servidores,
á mi lado!
(Los hombres de don Alvar rodean á éste y á Irene.)
CONDE ¡Sufro y cuento
de la muerte los horrores!
BELTRÁN ¡Viva el Conde don Rodrigo!
(Rodrigo saca la espada.)
TODOS (Con explosión) ¡Viva!
OTROS ¡Viva el trovador!
CONDE ¡Ballesteros, sed conmigo!
ROD. ¿Cómo, villano, contigo
cuando están con su señor?
CONDE (Furioso en medio de la escena.)
Cobardes, traidores, viles,
que con furia vengadora
me aullais cual perros serviles,
y estábais hace una hora
á mis piés como reptiles,
¿queréis mi vida? ¡Os aguardo!
Por ella venid aquí...
Tú también, mísero bardo...
¡Todos, todos al bastardo!
¡Todos juntos contra mí!
VARIOS (Arrojándose sobre él, sujetándole y desarmándole.)
¡Muera el asesino!
TODOS ¡Muera!
ROD. Que ninguno le maltrate.
CONDE (Luchando con los que le sujetan.)
¡Traidora jauría, fuera!
ROD. ¡Soltad, soltad á esa fiera,
que quiero ser quien la mate!
CONDE ¿Tú, tú matarme? ¡A traición!
Pareces zorra asustada
á la vista del león.
ROD. (Dándole su espada y haciendo que le dejen libre.)
Libre estás; toma tu espada,
y busca mi corazón.
CONDE A mi empuje cederás.
ROD. (Desarma al Conde y se tira á él.)
Asesino, muere.
AURORA (Que ha salido momentos antes, el oir á Rodrigo se interpone entre él y el Conde.) ¡Atrás!
ROD. ¡¡Aurora!!
BERN. ¡Mi hija!

CONDE ¿Tú aquí?

ROD. (Queriendo separar á Aurora para tirarse sobre el Conde.) ¡Quita!

AURORA (Cubriendo al Conde con su cuerpo.)
¿Matarle? ¡Jamás!
¡Mil veces antes á mí!

TELÓN RÁPIDO

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

El mismo salón del castillo. Al abrirse la gran puerta del fondo se verá la capilla.

ESCENA PRIMERA

MENDO, NUÑO

MENDO ¡Qué escena, qué atroz escena!
NUÑO Casi una hora ha pasado
del suceso, Mendo amigo,
y aún me sobrecoje el pasmo.
MENDO Vivo el Conde, nos aguardan
todavía sobresaltos.
NUÑO ¿Aún le temes?
MENDO Mientras viva,
no dormiré sosegado.
La muerte debimos darle
y á Rodrigo no hacer caso.
NUÑO El Conde se revolvía
cual jabalí acorralado.
MENDO ¿Y Rodrigo? ¡Cuán valiente!...
NUÑO En verdad que estuvo bravo.
MENDO Como que en vez de batirse
con el maldito tirano
debió, á mi ver, al verdugo
mandar que le hiciese cuartos.
NUÑO ¡Con qué brío le acusaba!
MENDO ¡Y con qué pujante brazo.

le desarmó! ¡Si no viene
aquella moza á estorbarlo,
á estas horas está el Conde
en los infiernos danzando.

NUÑO ¿Y qué hará con él Rodrigo?

MENDO Miren qué pregunta: ahorcarlo.

NUÑO ¿Y con ella?

MENDO ¿Con quién dices?

NUÑO Con la que libró al bastardo.

MENDO ¡Infelíz!

NUÑO ¿La conocías?

MENDO Como que ayudé á su rapto.

NUÑO Y es buena moza.

MENDO ¿Tú has visto
al Conde después del caso?
Porque yo no me he atrevido...

NUÑO A la sala le llevaron
que precede á la capilla,
atado de piés y manos.
Así lo ordenó Rodrigo:
por cierto que se ha ocultado...

MENDO De aquí salió con su padre.

NUÑO ¿Con su padre?

MENDO Con Bernardo.

NUÑO ¿Y quién es Bernardo?

MENDO El viejo
que le viene acompañando.

NUÑO ¿El padre de la muchacha?

MENDO ¡Si es ese quien le ha criado!

NUÑO ¡Oh, qué historia!

MENDO Mira; ahí viene
quien de ella tiene los cabos.

ESCENA II

DICHOS, BELTRÁN

BELTRÁN ¡Qué desorden! (Desde la puerta, llamando.)
¡Furtún! ¡Diéguez!
De seguro que esos zánganos
andan con la soldadesca
los toneles asaltando:
á esto siempre redujeron

sus victorias los bellacos.
¿Y Rodrigo? (A Mendo.)

MENDO — No sabemos.

NUÑO — Estás, Beltrán, preocupado.

MENDO — Más alegre te creyera
al dejar de ser esclavo.

BELTRÁN — Era justo su escarmiento,
mas quédame un dejo amargo
de este triunfo.

MENDO — ¿Pues no fuiste
quien levantó nuestros ánimos?

BELTRÁN — Es cierto.

MENDO — Bah, ¿desconfias
de que ahorquen al bastardo?

BELTRÁN — Le aborrecí, le aborrezco,
morir debe, y sin embargo...

MENDO — Y morirá, vive Cristo.

BELTRÁN — Pero no, Mendo, á mis manos.
(Aparte.) (¿Ser su verdugo?... ¡Imposible!
¡Imposible!)

MENDO — ¿Mas si en alto
le vieras de nuevo?...

BELTRÁN — Entonces
volvería á derribarlo.
¿Y doña Irene?

NUÑO — Marchóse
al volver de su desmayo
con don Alvar, que furioso
salió de aqui perjurando
que si no matan al Conde
él mismo vendrá á matarlo.

MENDO — Y tiene razón.

NUÑO — (Escuchando.) ¿Qué gritos?...

MENDO — (Idem.) ¡Qué tumulto!

VOCES — (Desde lejos.) ¡Viva el bardo!

ESCENA III

DICHOS, RODRIGO, gente del castillo

VOCES — (Desde fuera.) ¡Muera el asesino!

OTROS — ¡Muera!

NUÑO (Viendo entrar á Rodrigo.)
¡Rodrigo!
VOCES (Más cerca.) ¡Muera el tirano!
ROD. Beltrán...
BELTRÁN ¿Señor?
ROD. ¿Por qué gritan
de tal suerte los soldados?
BELTRÁN No sé...
UNO ¡Que viva Rodrigo! (Entrando.)
TODOS ¡Muera el infame bastardo!
ROD. ¿Qué queréis?
VARIOS ¡Pronto, justicia!
OTROS ¡Justicia contra el malvado!
ROD. ¡Se hará!
UNO ¡De muerte!
ROD. ¡De muerte!
Mas dejadme.
UNOS ¡Viva el bardo!
ROD. Confiad en mi palabra;
partid y callad.
UNO Partamos.
(Vanse todos menos Beltrán.)
BELTRÁN (Aparte.) (Es preciso que le diga...)
¿Señor?...
ROD. Morirá á tus manos.
BELTRÁN ¿Cómo?
ROD. Sí; te pertenece
el derecho de matarlo.
BELTRÁN Pero si yo...
ROD. ¡Vete! ¡Basta!
Tú lo ahorcarás; lo he jurado. (Vase Beltrán.)
VOCES (Lejanas.) ¡Viva el Conde don Rodrigo!
¡Muera el infame bastardo!

ESCENA IV

RODRIGO solo

¡Morirá el infame, sí!...
¿mas qué gano con que muera?
¡Ay, la muerte verdadera
es esta que llevo aquí!

Para él la muerte es la calma...
¡No; yo quiero para él
este veneno, esta hiel
que me está abrasando el alma!
¿Yo, arrastrando con horror
por la tierra maldecida,
galeote de la vida,
la cadena del dolor;
y él, ave que llegó al nido
do acaba toda amargura,
bañándose en la dulzura
de las aguas del olvido?
Nó, nó. ¡Venganza colmada!
¿Mas cómo me he de vengar
no pudiéndole robar
el corazón de su amada?
¡Ella, mi bien, mi tesoro,
mi ilusión, el hada mía,
que roba rayos al día
para sus cabellos de oro!
¡Ella, la de ojos tan bellos,
de mirada tan radiosa
que á modo de mariposa
iba yo á abrasarme en ellos!
¡Cuya boca de clavel,
si á la sonrisa despierta,
finge granada entreabierta
que está rebosando miel!
¡Ella, cuyo seno toma,
si lo agita el sentimiento,
el vivo extremecimiento
del ala de la paloma!
¿Ella tan buena, tan pura
como un ángel del edén,
iba á entregar tanto bien
á esa bastarda criatura?
¡Si no es posible que le ame!
¡Mintió, mintió mi sentido!
¡Yo, por haberlo creído,
yo sólo soy el infame!
¡Si cierta su culpa fuera...
si indecorosa le amara!...
¡Maldición! ¡No lo pagara
con cien vidas que tuviera!

¿Pero aún dudo? ¡Vive Dios,
y en sus brazos la ví inerte,
y en su defensa!... ¡La muerte,
la muerte para los dos!

ESCENA V

RODRIGO, AURORA

AURORA ¡Allí está; le quiero hablar! (Desde la puerta.)
¡Rodrigo!
ROD. (Al oir la voz de Aurora corre hacia ella, como cediendo á un movimiento irresistible: antes de llegar retrocede.) ¿Qué es lo que oí?...
¡Aurora!
AURORA Vengo á implorar...
ROD. No; no te acerques á mí,
porque te voy á matar.
AURORA ¡Perdón!
ROD. (¿Perdón?) ¿Luego es cierto?
AURORA ¡Por piedad!
ROD. (¡Piedad clamó!)
AURORA ¡Hermano!
ROD. ¿Tu hermano yo?
¡Infame, tu hermano ha muerto!
¡Tu impudicia lo mató!
AURORA Rodrigo, atiende... sabrás...
ROD. ¿Para qué? ¡Si lo sé todo!
Que eras pura...
AURORA ¿No me oirás?
ROD. ¡Y que te encuentro en el lodo!
¿Aún quieres que sepa más?
AURORA ¡Debil yo, sin tí á mi lado...
cuando muerto te juzgué!...
ROD. ¡Ah, si me hubieras amado,
jamás se hubiera ausentado
de tu corazón la fe!
AURORA ¡No, no me trates así,
Rodrigo, ten compasión!
ROD. ¿La has tenido tú de mí?
¿Qué has hecho, responde, dí,
de mi pobre corazón?
¿Qué has hecho del triste viejo

que juzgando tu alma pura,
cifró toda su ventura
en mirarse en el espejo
de tu candor y hermosura?

AURORA ¡Calla! Si tu labio insiste
en prolongar mi suplicio,
vas á hacer que pierda el juicio.

ROD. ¿Acaso no lo perdiste
al arrojarte en el vicio?

AURORA (En tono de despecho.)
Quien generoso nació,
alma de fiera...

ROD. ¿Yo?

AURORA ¡Sí!
Al caído levantó;
no en el cieno lo enterró
como tú, cobarde, á mí.

ROD. ¿Cobarde? ¡Sí que lo he sido!
Tienes, Aurora, razón;
pues al verte no he tenido
el valor de haber hundido
mi daga en tu corazón.

AURORA ¡Húndela!

ROD. Ni esa altivez
es virtud, sino doblez;
que solo la contumacia
presta al delincuente audacia
para increpar á su juez.

AURORA ¿Rodrigo, fuí tan malvada
que no merezca piedad?

ROD. ¿Estás, dí, tan rebajada,
que no te dice, menguada,
la conciencia tu maldad?
Te hice mi bien, mi ilusión,
mi esperanza, mi alegría,
¿y qué más?... mi religión,
pues por tí en la idolatría
vino á dar mi corazón.
¡Cómo reinabas en mí!
Tu bondad. . ¡qué frenesí!
Tu desdén... ¡qué horrible cruz!
A tu lado... ¡cuánta luz!
¡Qué noche lejos de tí!
Cualquier bien al admirar

«ella es así,» me decía,
y si de hinojos caía
ante la Virgen á orar,
con ella te confundía;
que al ver el llanto rodando
por sus mejillas de flores,
exclamaba suspirando:
«así me estará llorando
la Virgen de mis amores.»
¡Si es posible que te arguya
la conciencia todavía,
díme infame, díme impía,
si hay maldad como la tuya
ó pena como la mía!

AURORA Era yo, falta de madre,
un guerrero sin escudo,
que una mujer nunca pudo
á los ojos de su padre
poner el alma al desnudo.
Estaba á solas conmigo,
y la soledad, Rodrigo,
con su misterio y su calma,
es el mayor enemigo
de la pureza del alma.
Ví á Pedro, le quise odiar,
pero á solas al buscar
los medios de aborrecer,
tanto en él vine á pensar
que le tuve que querer.

ROD. ¡Calla!

AURORA Desde aquel momento
mi vida es lucha, aflicción,
espanto, dolor, tormento,
pues llevo el remordimiento
clavado en el corazón.
Desde aquel día no arrostro
de la gente las miradas,
que en mí al sentirlas clavadas
sube á mi pálido rostro
la vergüenza á llamaradas.
Amando cual tú has amado
sufrí lo que tu has sufrido,
que no hay amor sosegado,
y á tantas penas he unido

la de haberos deshonrado.
Mi padre, á quien tanto quiero,
dábame miedo y dolor,
y tus palabras de amor
eran puñales de acero
que me causaban terror.
Avergonzada del día,
por la noche suspiraba,
y cuando esta me envolvía
la sombra me horrorizaba
y á voces la luz pedía.
Y me han hecho derramar
tanto llanto mis enojos,
mis culpas y mi pesar,
que ya no tienen mis ojos
más lágrimas que llorar.
¡Díme, díme por favor
si con verdad no te arguyo;
dí, hermano, si mi dolor,
comparado con el tuyo,
no es mayor, mucho mayor!

ROD. (¡Ah, me aflige su quebranto;
á mirarla no me atrevo!...)

AURORA ¡Rodrigo!

ROD. (¡La quisé tanto,
que al verla bañada en llanto
voy á quererla de nuevo!
Es preciso que la huya...)

AURORA ¡Piedad! (Arrodillándose.)

ROD. ¡Levanta!

AURORA Su vida.

ROD. ¿Qué vida dices?

AURORA ¡La suya!

ROD. ¿Tal le quieres, que atrevida
la antepones á la tuya?

AURORA El enojo te arrebata:
sé noble, por compasión.
¡Su vida!

ROD. ¡Calla, insensata!
¡Ya sus delitos no son,
sino tu amor, quien le mata!

AURORA Eres compasivo... bueno...
No por él, hazlo por mí,
por el hijo que en mi seno...

BERN. (Que habrá entrado momentos antes y oye á Aurora.)
¿Qué escucho?
ROD. ¡Montón de cieno, (Rechazándola.)
aparta, aparta de aquí!

ESCENA IV

DICHOS, BERNARDO

BERN. ¿Con que es cierta tu doblez?...
AURORA ¡Padre! ¡Padre!...
BERN. ¡Calla, impía!
¡Que ni eres ya la hija mía
ni yo soy sino tu juez!
AURORA ¿También me rechazas?
BERN. Sí.
AURORA ¿Mis angustias no te oprimen?
BERN. ¡No es mi rencor, es tu crimen
el que te aleja de mí!
AURORA ¡Piedad!
BERN. Si no la has tenido
de nadie, ¿por qué la imploras?
¡Sospecho al ver cómo lloras
que hasta ese llanto es fingido!
AURORA Horror mi falta me inspira,
¿más quién al amor resiste?...
BERN. ¿Y porque amabas caiste?
¡Mentira, torpe mentira!
El amor es llama pura
que sobre el mal nos eleva,
aspiración que nos lleva
en sus alas á la altura.
Amar es, lo que hago yo...
Soñar, esperar, sufrir,
engrandecerse y morir...
¡Pero degradarse, no!
¡Y fuera error sin segundo
cubrir con un mismo velo
lo más precioso del cielo
y lo más torpe del mundo!
AURORA Mira mi llanto brotar
y tus enojos olvida.
BERN. Antes, antes, fementida,

fué la ocasión de llorar:
cuando, olvidando mi amor,
por tus flaquezas livianas,
echaste sobre estas canas
la mancha del deshonor.
Perdí, al perderte, mi bien,
cuanto mi vida alegraba...
sólo el honor me quedaba
¡y lo he perdido también!

AURORA No más me rechaces, no.

BERN. ¡Aparta!

AURORA ¡Perdón y olvido!

BERN. ¿Y mi honor, mi honor perdido,
quién me lo devuelve?

ROD. (Saliendo de su silencio y acercándose á ellos.)
Yo.

AURORA ¿Cómo? (Con sorpresa.)

BERN. (Idem.) ¿Qué puedes hacer?

ROD. Algo que acaso te asombre.

BERN. ¡Rodrigo!

ROD. Salvar tu nombre
y cumplir con mi deber.
Deshonrada tu hija está:
tan sólo el torpe raptor
puede volverle el honor...

BERN. ¿Qué dices?

ROD. ¡Que así será!
Al punto con ella vé:
un velo cubra su frente,
y está de mi voz pendiente,
que pronto la llamaré.

BERN. ¿Qué intentas?

ROD. Que lave Dios
de su frente la mancilla;
ahora mismo, en la capilla,
se desposarán los dos.

BERN. ¡Rodrigo!

AURORA ¡Dios de mi vida!
¡Oh! ¡Gracias!

ROD. No me las des.
¡Silencio! ¡Calla! ¿No ves
que haces más grande mi herida?
Vé, padre.

BERN. El alma me das.

ROD. Llévala al punto.
BENR. Eso ansío...
ROD. Pronto, pronto, padre mío...
¡Antes que me vuelva atrás!
(Vase Bernardo, llevándose á Aurora.)

ESCENA VII

RODRIGO, MENDO, NUÑO

ROD. ¡Hola! (Llamando.) La perdí... ¡Yo muero!
¡De nuevo la eterna ausencia!
NUÑO ¿Qué mandas? (Saliendo con Mendo.)
ROD. Que á mi presencia
conduzcan al prisionero.
NUÑO Bien. (Vase.)
ROD. (A Mendo.) Tú, corre á preparar
á la servidumbre toda;
va á celebrarse una boda:
que dispongan el altar
con su mejor ornamento,
y al sacerdote prevén:
todos dispuestos estén
para dentro de un momento.
MENDO Corro...
ROD. Espera; lo esencial
aún no sabes; presta oído.
Cuando se haya concluído
la ceremonia nupcial,
amarrad al prisionero
y volverlo á su prisión.
MENDO Cumpliré la comisión
que me das.
ROD. Así lo espero. (Vase Mendo.)

ESCENA VIII

RODRIGO, luego el CONDE y soldados

ROD. Sí; la prisión más sombría
de esta torre secular,
donde nunca penetrar

consiga la luz del día;
donde pueda á mi despecho
dar venganza suficiente,
mirándole lentamente
morir sin aire y sin lecho.
(Mirando hacia el interior.)
Se acerca. ¡Cuánto rencor
en su mirada altanera!
Vencido viene, y cualquiera
le juzgara vencedor.
(Aparece el Conde rodeado de soldados. Rodrigo hace seña á estos últimos para que se marchen, y vanse.)

ESCENA IX

EL CONDE, RODRIGO

ROD. Acércate.
CONDE (Con altivez.) Ven tú á mí,
si quieres algo conmigo:
yo nada de tí mendigo,
no tengo por qué ir á tí.
ROD. ¿Tal orgullo cuando estás
de la muerte á un solo paso?
CONDE El alma noble en su ocaso,
como el sol, se agranda más.
ROD. ¿Tu conciencia, Belcebú,
no te dice que tu dolo,
tu crimen?...
CONDE Me dice sólo
que soy más grande que tú.
¿Por ventura, á ser tú fuerte,
me hicieras aquí venir,
tus sarcarmos á sufrir
en vez de darme la muerte?
ROD. Si por el cielo maldito,
cual réprobo, no estuvieras,
ya que á mí nó, te rindieras
al peso de tu delito.
CONDE ¿Delito mi aspiración
al poder y la victoria?
¿Delito abrir á la gloria

las alas del corazón?
¡Ah, si envidioso el destino
de mi arrebatado anhelo,
no hubiera puesto á mi vuelo
la traición en el camino,
esa corona condal,
por mi valor agrandada,
se hubiera visto cerrada
por una cruz imperial.

ROD. ¿Y tus yerros?

CONDE Son mis yerros,
no haber tenido á la gente
que á tí me entregó vilmente
atraillada como á perros:
no haber nunca imaginado
que pudiera ser vencido,
no haber la traición temido
y, en fin, no haberte matado.

ROD. ¿Y eso te dejo decir?
¡Vive Dios, que me arrebatas!

CONDE Pues si pronto no me matas
aún te queda más que oir.
¿Qué harás, miserable enano,
del gigante con las prendas?
Del señorío las riendas
se te caerán de la mano;
perderá en tí mi tizona
de conquistar la costumbre;
no de honor, de pesadumbre
te servirá mi corona;
y abatida la cabeza,
desencajados los hombros,
darás bajo los escombros
de mi arruinada grandeza.

ROD. Tengo al oirte, el poder
del martir que se convence...

CONDE Sólo á ser martir se vence
quien héroe no puede ser.
El debil está maldito:
la paciente esclavitud
será en el perro virtud,
en el hombre es un delito.

ROD. ¡Calla! ¿Vas á renegar?...

CONDE Si aún has de oir en tu mengua...

ROD. ¡Te vas á encontrar sin lengua
con que poderme insultar!
CONDE ¡Para confundir, oh, necio,
tu cólera vengativa,
tengo una fuerza más viva
que la del odio: el desprecio.
ROD. Mira si soy noble y fuerte
que te estoy oyendo en calma,
en vez de arrancarte el alma.
CONDE ¿Por qué no me das la muerte?
¿Piensas que anhelo vivir?
A quien fué lo que yo he sido
y ve su sueño perdido,
solo le resta morir.
ROD. Antes has de reparar
el honor de una mujer.
CONDE ¿Qué me quieres proponer?
ROD. Lo que tengo que lograr.
Quiero—¿lo oyes?—que devuelvas
á Aurora la honra perdida.
CONDE (Aparte con ternura.)
(¡Aurora!... ¡Luz de mi vida!...)
ROD. Y que pronto te resuelvas.
Al altar te arrastraré
donde ante Dios...
CONDE Será en vano;
antes que darle mi mano
á la tuya moriré.
ROD. Pues morirás, morirás;
te juro...
CONDE No me intimidas.
Me basta con que lo pidas,
para no hacerlo jamás.
ROD. He de dar torturas tantas
á tu infame corazón,
que habrás de implorar perdón
de rodillas á mis plantas.
CONDE Cuando en el tormento esté,
descoyuntado, deshecho,
abriendo al odio mi pecho,
«villano» te gritaré;
y aun del verdugo en la mano
mi ensangrentada cabeza,
ha de tener entereza

para gritarte, «villano.»
ROD. Pues prepárate al tormento.
CONDE Mi ánimo en él probarás.
ROD. Allí no te negarás.
CONDE ¡Con mucho más ardimiento!
ROD. ¡Dios mío, dame poder
para oirle y no matarle!
CONDE Mucho, Señor, has de darle,
si me tiene que vencer.
ROD. ¿Nada te produce mella?
(Llamando.) ¡Aurora!
CONDE ¿Qué haces?
AURORA (Saliendo.) ¿Señor?...
ROD. (Arrojando á Aurora en brazos del Conde.)
¡A ver si tienes valor
para negárselo á ella! (Vase Rodrigo.)

ESCENA X

EL CONDE y AURORA

AURORA ¡Pedro! ¡Pedro!
CONDE ¿Tú también
conspirando contra mí?
AURORA ¿Y me recibes así,
cuando lucho por tu bien?
CONDE ¿No vienes de mí á lograr,
por ese necio hostigada,
que ceda?...
AURORA No anhelo nada,
sino tu vida salvar.
Los afanes en que muero
no son por mi honra perdida,
ni aun por tu amor... ¡es tu vida,
es tu vida lo que quiero!
CONDE ¡Son ciegas estas mujeres!
¿Vivir puedo en la bajeza?
AURORA ¿Aún tus sueños de grandeza
á la ventura prefieres?
CONDE ¿No son ellos la ventura?
AURORA La dicha es la paz, la calma
del amor...

CONDE Para mi alma
no hay placer sino en altura.
AURORA ¿Por qué entónces hasta mí
bajaste?
CONDE Si no bajé;
¡en mi vuelo te encontré
y á mi altura te subí!
AURORA Aun podemos ser felices.
Mi padre y Rodrigo son
de tan noble corazón
que perdonarán...
CONDE ¿Qué dices?
¿Yo por ellos perdonado?
¡Antes mil veces morir!
¿Pudiera yo consentir?...
Quien lo piense es un menguado.
Su perdón... ¡qué horrible afrenta!
Les llamaré á la venganza.
AURORA ¡No me quites la esperanza
que mi corazón alienta!
CONDE ¿Cómo vivir una vida
otorgada de tal suerte?
AURORA ¿Morirás?
CONDE Sólo en la muerte
puedo sanar de mi herida.
AURORA Huye léjos, do testigo
ninguno de tu mal haya...
CONDE ¿Adónde iré que no vaya
mi vencimiento conmigo?
AURORA Léjos, muy léjos de aquí,
oculto á la necia gente...
CONDE ¿Y dónde y cómo, inocente,
podré ocultarme de mí?
AURORA ¿Qué de mí entónces? ¿Qué harás
del hijo de nuestro amor?...
¡La infamia y el deshonor!...
la muerte!...
CONDE (Resuelto.) ¡No digas más!
(Aparte.) (En luchas terribles ardo.)
Llevará tu hijo mi nombre.
(Con resolución, después de una pausa.)
AURORA ¡Gracias! ¡Gracias!
CONDE ¡Ningún hombre
podrá llamarle bastardo.

¿Bastardo? ¡No quiero, no,
que por tal mancha lavar,
tenga que hacer derramar
tanta sangre como yo!

AURORA ¿Y accederás, Pedro mío?...

CONDE Nada más tu labio pida.

AURORA Tu vida.

CONDE Bien... bien... (Aparte.) (¡Mi vida!...)

AURORA ¿Quién dijo que eras impío?

CONDE ¡Rodrigo! ¡Bernardo! ¡Aquí! (Llamando.)
(Aparte.) (¡Tengo el infierno en el alma!)

AURORA No te arrebates. Ten calma.
¡Mi padre! (Viéndolo.)

BERN. (Al Conde.) ¿Me llamas?

CONDE Sí.

ESCENA XI

DICHOS, BERNARDO y RODRIGO

CONDE Dispuesto estoy á lavar (A Rodrigo.)
de esta mujer la mancilla.

ROD. También lo está la capilla
vuestra unión á celebrar.
Entrad, pues.
(Rodrigo abre la gran puerta del fondo, donde aparece la capilla profusamente iluminada y llena de gente del castillo.)

CONDE (Dando á Aurora la mano.)
Entremos, sí.

BERN. ¡Al fin cumples tu deber!

CONDE (Aparte, al entrar en la iglesia.)
(Ahora soy de esta mujer;
luego volveré por mí.)

ESCENA XII

RODRIGO solo

ROD. (Después de haber cerrado la puerta de la capilla.)
¡Se van!... ¿Y tengo valor?...
¿Y soy, cielos, quien olvida

que la infame y el traidor?...
¡Ellos destrozan mi vida
y yo les vuelvo el honor!...
¡Oh! ¡Jamás! Corro ante el ara...
Pero, no... ¡torpe flaqueza!
Lo juré... ¡Si lo olvidara,
fuera tanta mi vileza
que con ellos me igualara!
Unanse... dé la traidora
su mano al hombre que adora
del santo altar á los piés...
¡Cuanto más gocen ahora,
más han de sufrir después!
¡Acaso piensa el impío,
viendo que yo se lo dí,
guardar sólo para sí
el tesoro que fué mío
y que por siempre perdí!
¡Acaso, juzgando vanos
mi dolor y odio vehementes,
en este instante, livianos,
cambian miradas ardientes
al estrecharse las manos!
¡No ha de ser! ¿Quién tal pensó?...
¿Pudieran?... Cierto que yo
con ese infame la uní,
pero sólo se la dí
por un instante... ¡más, no!
(Acercándose á la puerta de la capilla.)
Suena el órgano sonoro...
Oigo las voces del coro...
Quizá ya es suya la infiel...
¡Suya! ¡Suya! (Con desesperación.) ¡No! ¡Cruel,
detente, ven; yo te adoro!
Pero, ¿qué dije? ¡Mentía!
¡Yo amarla! ¿La amé quizás?
Si la amara, ¿viviría
sabiendo que ya no es mía
ni puede serlo jamás?
¿Qué venganza? La mayor.
¡Aplaque mi sed ardiente
la sangre de ese traidor!...
(Lanzándose hacia la puerta.)
¡Muera al momento!

BELTRÁN (Que habrá salido un momento antes, deteniéndole.
¡Detente!
¡Es imposible, señor!

ESCENA XIII

RODRIGO, BELTRÁN

ROD. ¿Qué dices? ¡Quita de ahí!
BELTRÁN No harás tal; tu enojo olvida.
ROD. ¿Tú le defiendes? ¿Tú?...
BELTRÁN Sí.
ROD. ¿Y por qué?
BELTRÁN Por que su vida
es sagrada para tí.
ROD. ¿Sagrada?
BELTRÁN Si orden has dado
de matarle, como creo,
corre á impedir lo mandado.
ROD. ¿Pero te atreves, menguado,
á oponerte á mi deseo?
¡Aparta!
BELTRÁN Me atrevo, sí.
A tu padre prometí
lo que cumplir quiero fiel.
ROD. ¿Qué estás diciendo?
BELTRÁN ¡Que es él
quien te está hablando por mí!
ROD. ¿Mi padre?
BELTRÁN Su sombra fiera,
que á maldecir se dispone
el enojo que te altera,
y es invencible barrera
que á tus proyectos se opone.
ROD. ¿Mi padre ampara al tirano?
BELTRÁN Lo juro.
ROD. ¡Mientes, villano!
BELTRÁN Pues corre á lograr tu fin...
ROD. Sí que iré.
BELTRÁN ¡Mata á tu hermano,
y hazte rival de Caín!
ROD. ¿Cómo? ¿Mi hermano?... (Con asombro.)
BELTRÁN Sí tal;

yo sólo el secreto guardo.
Tu padre, en su hora final,
confió á mi pecho leal
que era hijo suyo el bastardo.

ROD. ¡Oh!

BELTRÁN Por su deudo pasaba,
pues tu padre conocía
su condición terca y brava,
y por tu suerte temía
si él su origen sospechaba.
¡Quizá presintió el anciano!...

ROD. ¡Basta! ¡Detente, inhumano!
No más.

BELTRÁN Déjame acabar.

ROD. ¿Y para qué? Si es mi hermano
y no me puedo vengar.

BELTRÁN ¡Fuera venganza maldita!

ROD. ¿Por qué cuanto pretendí
la suerte aciaga me quita?

CONDE (Abriendo de repente la puerta de la capilla y entrando desaforado con un puñal en la mano seguido de toda la gente.)
¡Atrás, villanos!

ROD. ¿Quién grita? (Volviéndose.)

CONDE ¡Cobardes, lejos de mí!

ESCENA ULTIMA

DICHOS, el CONDE, AURORA, BERNARDO, MENDO, NUÑO, Soldados y gente del castillo

TODOS ¡Muera! (Lanzándose sobre el Conde.)

ROD. ¡Jamás! (Poniéndose delante.)

AURORA ¡Virgen mía!

CONDE ¿Tú me tienes compasión? (Á Rodrigo.)
Si son pocos todavía...
Toda esa infame jauría
no basta para el león.

ROD. ¡Nadie delante de mí
le toque! ¡Venid aquí!

AURORA ¡Dejadle, dejadle, impíos!

CONDE (Á Rodrigo y á los soldados.)
¡Para ellos y para tí
me sobran fuerzas y bríos!

ROD. Oye...
CONDE Cuanto conseguí,
quitármelo al cielo plugo,
y pues todo lo perdí,
trabajo evito al verdugo,
siéndolo yo mismo aquí.
(Se clava el puñal y cae.)
ROD. ¿Qué has hecho? (Corriendo hacia él.)
AURORA ¡Dios mío! ¡Oh! (Idem.)
(Aurora se abraza al Conde.)
ROD. ¡Hermano!
BERN. ¡Mortal la herida!
ROD. ¡Hermano!
CONDE ¿Tu hermano yo?
¿Qué digiste?
ROD. Que la vida
un mismo padre nos dió.
CONDE ¿Quién lo afirma?
ROD. (Señalando á Beltrán.) Ese escudero.
AURORA ¡Se desangra!
BERN. ¡Horrible día!
AURORA ¡Socorro!
CONDE Ya nada espero... (Moribundo.)
Todo es inutil... Yo muero...
¡Perdóname, Aurora mia!
AURORA ¡Oh!
CONDE ¡Llanto dejan en pos
mis vanos sueños de gloria!...
(Con voz cada vez más debil.)
Perdón os pido á los dos...
¡No... maldigáis... mi... memoria!...
AURORA ¡Pedro!
ROD. ¡Hermano!
CONDE Adiós... ¡adiós! (Muere.)
AURORA ¡Muerto! ¡Jesús! (Loca de dolor.)
BERN. ¡Dios sagrado!
(Pausa, después de la cual Rodrigo se levanta con aire resuelto.)
ROD. ¡Adiós, padre!
BERN. Desdichado,
¿dónde vas? Oye... ¡Detente!
ROD. ¡Á morir como soldado
á los desiertos de Oriente!
BERN. ¿Pero así? ¿Y el señorío?...

ROD. ¡A ella y á tí lo confío!
BERN. ¿Qué dices?
ROD. ¡Nombre y poder,
yo dejo cuanto fué mío
al hijo de esa mujer!
¡Que me siga quien me quiera! (A los soldados.)
¡La gloria es el premio!
BELTRÁN } Yo.
MENDO }
ROD. (Cogiendo á uno de los soldados el estandarte que lleva.)
¡Ven á mí, noble bandera,
única fiel compañera
que la suerte me dejó!
¡Venme piadosa á servir
de consuelo en el pesar,
de estímulo al combatir,
de estandarte al conquistar
y de mortaja al morir!
(Vase Rodrigo seguido de Beltrán, Mendo, y cae el telón.)

FIN DEL DRAMA

ZARZUELAS

Hombres	Mujeres	TITULOS	ACTOS	AUTORES	Parte que corresponde á la Administración
»	»	¡Al agua patos!.....	1	D. Angel Rubio.....	M.
»	»	¡A casarse, modistas!.....	1	Clavero y Broca.....	L. y M.
»	»	A vista de pájaro.....	1	Lucio y Brull.....	M. y 1/2 L.
14	4 c	Al pie de la Giralda.....	1	Manuel Hidalgo.....	L.
»	»	Al pozo.....	1	Casañ y T. F. Grajal.....	L. y M.
»	»	Bordeaux.....	1	Joaquín Viaña.....	M.
»	»	Candidez y travesura.....	1	Javier Gaztambide.....	M.
»	»	De buenas á primeras....	1	Luis L. Mariani.....	M.
»	»	De Madrid á Siberia.....	1	Labra, Fano y Sedó.....	L. y 1/2 M.
»	»	Despacho parroquial.....	1	Labra, Caldeiro y Llanos	L. y 1/2 M.
»	»	Dos inválidos.....	1	A. Rubio	M.
»	»	El canario más sonoro....	1	T. Reig.....	M.
»	»	El Club de las Magdalenas	1	Javier Gaztambide.....	M.
»	»	El cosechero de Arganda.	1	Angel Rubio.....	M.
»	»	El golpe de gracia.....	1	Francisco Sedó.....	1/2 M.
»	»	El gorro frigio.....	1	Limendoux y Lucio.....	L.
»	»	El Milano.....	1	Estremera y Brull.....	L. y M.
»	»	El pájaro pinto.....	1	Navarro y Brull	M. y 1/2 L.
»	»	El quinto cielo.....	1	J. Pérez Zúñiga.....	1/2 L. y 1/2 M.
»	»	El sargento Boquerones..	1	Manuel Cuartero.....	L.
»	»	El sobrino de su tío.....	1	Antonio Llanos.....	M.
2	1	El tío Paco.....	1	M. y González y Mariani	L. y M.
»	»	El trompeta del Archiduque.....	1	Javier Gaztambide.....	M
»	»	En corral ajeno.....	1	J. R. Menduiña y T. Reig	L. y M.
»	»	En el ambigú.....	1	Rubio y T. F. Grajal.....	M
»	»	En la plaza de Oriente....	1	Apolinar Brull.....	M.
»	»	Escuela modelo.....	1	Prieto Barberá y Jiménez	L. y M.
»	»	Esta casa es muy de Vds.	1	Angel Rubio.....	M.
»	»	Exposición universal.....	1	Pina Dominguez y Chapí	L. y M.
7	8 c	Horchata de chufas.....	1	M. Barranco y Barbieri..	L. y M.
»	»	La Beneficiada.....	1	F. Iráyzoz y A. Brull....	L. y M.
»	»	La casaca.....	1	Angel Rubio.....	M.
»	»	La cruz blanca.....	1	Apolinar Brull.....	M.
»	»	La féria de Sevilla.....	1	Tomás G. Yañez.....	M.
»	»	La mujer del prójimo.....	1	Alfonso y Cortina.....	L. y M.
»	»	La niñera.....	1	Javier Gaztambide.....	M.
»	»	La nueva Diana.....	1	Apolinar Brull.....	1/2 M.
»	»	La verdad desnuda.....	1	Apolinar Brull.....	M.
»	»	Las provincias.....	1	Lastra, Ruesga y Prieto.	L.
»	»	Las toreras.....	1	Tomás Reig.....	M.
»	»	Las virtuosas.....	1	Monasterio y Brull.....	L. y M.
»	»	Lección conyugal.....	1	Chueca y Valverde.....	L. y M.
»	»	Los conspiradores.....	1	Javier Gaztambide.....	M.
»	»	Los de Cuba.....	1	Rubio y Mario.....	M.
»	»	Los duros falsos.....	1	C. Santamarina.....	M.
»	»	Lo que va de ayer á hoy..	1	Angel Rubio.....	M.
»	»	Los madrugadores.....	1	Usúa y Rubio.....	L. y M.
»	»	Lucifer.....	1	S. Delgado y Brull.....	L. y M.
»	»	Nina.....	1	Criado, Cocat y A. Rubio	L. y M.
»	»	Noche de féria.....	1	Ruperto Chapí.....	M.
»	»	No más ciegos.....	1	Javier Gaztambide.....	M.
»	»	Pepa, Pepe y Pepín.....	1	Angel Rubio.....	M.
»	»	Percances matrimoniales	1	Tomás G. Yañez.....	M.
»	»	Plan de estudios.....	1	Tomás Reig.....	M.
»	»	Procedente de empeños..	1	Flores García y T. Reig.	M. y 1/2 L.
»	»	Quedarse in albis.....	1	Cocat y Criado	L.
»	1	¡Qué marido y qué mujer!	1	F. de P. Huerta.....	L.
»	3	Quid pro quo.....	1	José Usúa.....	L.
»	»	Sala de armas.....	1	C. Navarro y Caravantes	1/2 L. y M.
»	»	Seguir la pista.....	1	Antonio Llanos.....	M.
»	»	Soltero y mártir.....	1	Casañ y L. Mariani.....	M. y 1/2 L.
»	»	Timos conyugales.....	1	Gabriel Merino.....	L.
»	»	¡Tío, yo no he sido!.....	1	F. Pérez y A. Rubio	L. y M.
»	»	Una herencia me salvó...	1	Clavero y Broca.....	L. y M.
»	»	¡Viajeros, al tren!.....	1	Tomás Reig.....	M.
»	»	Zaragoza.....	1	A. Rubio.....	M.
»	»	Entre locos	2	Javier Gaztambide.....	M.
»	»	Nanón.....	2	Tomás Reig.....	1/2 M.
»	»	Una semana en Madrid...	2	Tomás G. Yañez.....	M.
»	»	Cármen.....	3	Rafael María Liern.....	L.
»	»	Walther.....	3	Javier Gaztambide.....	M.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª*, calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano*, calle del Horno de la Mata 3, y de los *Sres. Escribanoy Echevaría*, plaza del Angel, 12.

PROVINCIAS

En casa de los corresponsales de la Administración.

EXTRANJERO

FRANCIA: Librería española de *E. Denné*, 15, rue Monsigny PARÍS. PORTUGAL: *D. Juan M. Valle*, Praça de D. Pedro LISBOA, y *D. Joaquín Duarte de Mattós Junior*, rua do Bom Jardín, PORTO. ITALIA: *Cav. Ermete Novelli.*

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.